

## ATENCIÓN

**CONTIENE ALGUNOS POEMAS DE ANTONIO MACHADO.**

**Extreme las precauciones. *Son muy peligrosos***

Antes de empezar a leer, por su propia seguridad, estudie atentamente las siguientes indicaciones:

- A través del humor, se revelan los secretos que se esconden tras la poesía de Antonio Machado. El lector libremente solicita conocer dichos secretos, a pesar de las consecuencias inesperadas que se puedan producir.
- Su lectura puede ocasionar risa, llanto, extrañeza, locura, muerte, ira, confusión, ataques de escepticismo y misticismo agudos (a veces, al mismo tiempo), insomnio, sueños vívidos o pesadillas, despertares súbitos, dolores musculares y articulares, hemorroides y otros padecimientos anales, y multitud de enfermedades venéreas demasiado vergonzosas para ser mencionadas aquí. Enumeración de efectos secundarios no exhaustiva.
- Leer esta novela supone la aceptación de todos sus efectos secundarios, y la renuncia a cualquier reproche o reclamación legal o económica hacia el autor, el editor o el poeta Antonio Machado y sus herederos.
- Contiene escenas sexuales que pueden ofender a algunos lectores. Para qué nos vamos a engañar: todo este libro puede ofender a algunos lectores en sus sentimientos estéticos, literarios, morales o religiosos. Si alguien no desea sentirse ofendido, que no lea nada y que se meta en un pozo, que allí se está muy tranquilo y no le ofenderá nadie.
- Las personas con dolencias cardíacas deberían consultar antes a su médico. No está bien establecida la seguridad de esta lectura en embarazadas.

### HUMOR ALTAMENTE CORROSIVO

Cuidado con sus genitales: uso del preservativo altamente recomendado.

**NO DEJE ESTE LIBRO AL ALCANCE DE JÓVENES O NIÑOS**

(que luego pasa lo que pasa).



*A mi madre,  
por su amor  
y por sus silencios.*



## **Agradecimientos**

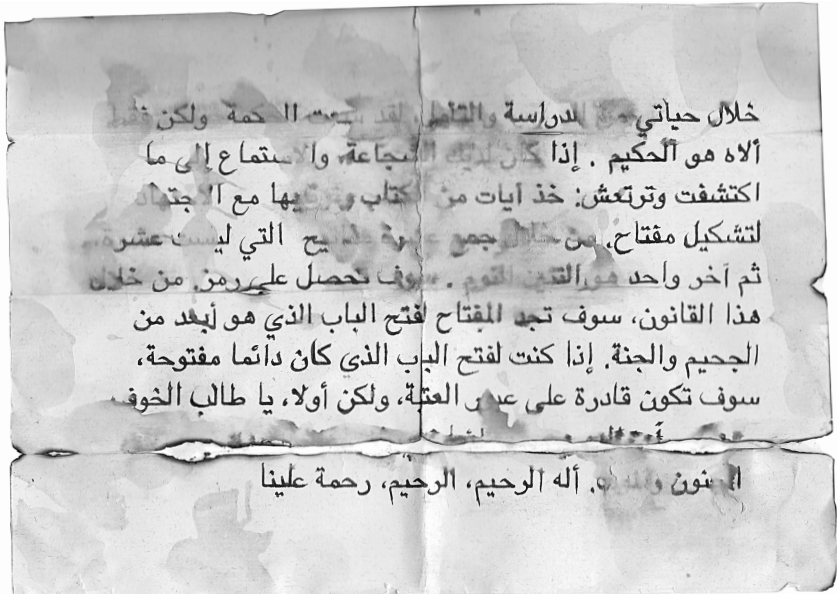
Por su fotografía, sus dibujos y su traducción de la cita de Mihil ibn Alayyil, a José Manuel Chamorro.

Por sus correcciones y sugerencias, a José Ignacio de Diego, profesor de Literatura y escritor; a Pilar Martínez Aguilar, maestra y poeta; a Fernando Jiménez Ocaña, editor y escritor; a Victoria Pico Soler, médico y editora; a María Sofía Ballestar Martínez, correctora, estudiante y compositora.



*Durante toda una vida de estudio y meditación he buscado la sabiduría (pero solo Alah es sabio). Si posees valor, escucha lo que he descubierto y tiembla: Toma versos del Libro y ordénalos con diligencia para conformar una clave. Al reunir diez claves (que no son diez, pues la última es un dragón durmiente), obtendrás un Código. Mediante ese Código, encontrarás la llave para abrir la puerta que se encuentra más allá del Infierno y del Paraíso. Si osaras abrir la puerta que siempre ha estado abierta, podrás cruzar el umbral, pero te advierto, oh buscador intrépido... —aquí falta una línea en el manuscrito— ...la locura y la muerte. ¡Alah, el clemente, el compasivo, tenga piedad de nosotros!*

Atribuido a Mihil ibn Alayyil. Místico de origen cordobés del siglo XII. Traducción de José Manuel Chamorro, a partir de un manuscrito inédito custodiado en la Biblioteca Nacional.









## ***Código Machado. Clave 1. Iniciación.***

*Caminante, no hay camino,  
se hace camino al andar.*

\* \* \*

*Cantad conmigo a coro: Saber, nada sabemos,  
de arcano mar venimos, a ignota mar iremos...  
Y entre los dos misterios está el enigma grave;  
tres arcas cierra una desconocida llave.  
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.  
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?*

\* \* \*

*Da doble luz a tu verso,  
para ser leído de frente  
y al sesgo.*

\* \* \*

*Oscuro para que atiendan,  
claro como el agua, claro  
para que nadie comprenda.*

\* \* \*

*Tras el vivir y el soñar  
está lo que más importa:  
despertar.*

\* \* \*

*Entre el vivir y el soñar  
hay una tercera cosa,  
adivínala.*



## CAPÍTULO I

Los hechos que voy a contar se iniciaron hacia finales de los años setenta del siglo XX, en una época primitiva en la que, por increíble que parezca, no existían los teléfonos móviles ni Internet, y la gente podía concentrarse en sus pensamientos. Por entonces, yo tenía veinte años, más o menos. Lamento no ser más preciso, pues nunca he llevado un diario en el que anotar datos y fechas; y cuando me apercibí de cuán extraordinarias eran las aventuras que estaba viviendo y decidí escribirlas, era demasiado tarde y, además, yo no estaba para apuntar nada, como pronto podrán comprender. Durante los diez años que narraré, me han sucedido hechos tan maravillosos que en algunos momentos incluso he llegado a dudar de si yo mismo era una persona de verdad o si solo era un personaje de ficción, o un lector, o un autor, o quizás las cuatro cosas a la vez.

Sigo contemplando vívidamente las imágenes, como si hubiesen ocurrido ayer mismo, pero tras tantos años no consigo recordar con precisión las circunstancias. Sin embargo, prometo que narraré fielmente lo sucedido, aunque no siempre conseguiré precisar dónde y mucho menos cuándo. Es como al despertar de un sueño, o tal vez de una pesadilla: lo esencial queda firmemente grabado en la memoria, y no lo podemos olvidar aunque lo intentemos; pero lo accesorio se desdibuja y se vuelve borroso hasta olvidarse.

Pongamos, pues, que yo tenía veinte años, aunque para lo que nos importa da igual si eran dieciocho o veintidós. Estaba estudiando uno de los primeros cursos de la carrera de Medicina.

Por aquel tiempo, lo oriental estaba muy de moda entre nosotros, los jóvenes. Todo lo oriental era bueno y sabio, en contraposición al catolicismo conservador de nuestros padres, y lo leíamos y seguíamos con avidez. Hablo en plural porque yo también había sucumbido a dicha moda. Había

probado el Yoga, el budismo Zen y el Taoísmo, e incluso había intentado leerme los Vedas (sin conseguirlo, debo decir). Vamos, como si un chino nos dijese que admira la filosofía occidental y que por eso sigue la mitología griega, el cristianismo medieval y la religión vikinga, todo junto. Nos partíamos de risa.

No sé si lo oriental sigue de moda o no, porque llevo una vida bastante retirada de la sociedad; aunque me temo que la confusión mental continúa entre nosotros: el otro día, en la puerta de una herboristería, leí un anuncio en el que se invitaba a acudir a una consulta de naturismo, reiki, acupuntura y medicina ayurvédica. Todo junto. Y dudo que el perpetrador de tal atentado a la sensatez tuviese, como yo, la excusa de la juventud.

Pero volvamos a nuestra historia. Hacía pocos años habían echado en la tele una serie llamada “Kung Fu”. Comparado con ir a misa los domingos con mis padres, parecía maravilloso tener un maestro que te soltaba frases cargadas de sabiduría, aunque bastante incomprensibles, y luego repartir estopa entre los malos, pero sin perder la paz interior, ojo.

Por eso mi primer contacto con la filosofía oriental había consistido en acudir a unas clases de Karate, donde después de pegarnos durante una hora, pasábamos cinco minutos meditando para adquirir paz interior (obsérvese la proporción). Por entonces, no se impartían clases de Kung Fu en ninguna parte de España, así es que el Karate podía servir perfectamente, en mi opinión. El hecho de que el Karate y el Kung Fu estuviesen separados por algunos miles de kilómetros y unos pocos siglos constituía un detalle sin importancia. Pero después de que me fracturasen las costillas de una patada, me dije que tal vez existiesen maneras menos dolorosas de adquirir la paz interior y llegar a la iluminación. Además, me di cuenta de que pegar a los malos estaba muy bien, pero que cuando los malos te pegasen a ti no sería tan agradable.

Así es que colgué el kimono sin haber llegado ni siquiera al cinturón amarillo, pero con un dolorcillo en las costillas que todavía hoy, cuando el tiempo cambia, me recuerda aquella época.

Probé entonces con el budismo Zen, otra de las modas de la década. Leí muchos, muchísimos libros sobre el Zen, y gracias a ellos tengo una idea un tanto nebulosa y seguramente falsa de lo que es el Zen. He intentado rebuscar en mi biblioteca para releerlos y tratar de ser más preciso en mis citas, pero hace mucho que los debí de perder en una mudanza y no los había echado en falta hasta ahora. Ni siquiera recuerdo con exactitud sus títulos, solo de unos pocos: “El camino del Zen”, de Alan Watts. “El Zen y el tiro con arco”. “El Zen del correr”. Y puede que también leyese algo sobre el Zen del montar en bicicleta, pero no estoy seguro.

Intentaré resumir lo que yo entendía sobre el Zen. En primer lugar, había que meditar, meditar durante mucho tiempo. Luego, el maestro te contaba historias absurdas de las que extraías enseñanzas. Y por último, estaban los koanes, acertijos que contenían contradicciones que permitían que tu mente trascendiese la lógica normal. Por ejemplo, “¿Qué sonido tiene el aplauso de una sola mano?”. No se puede aplaudir con una sola mano, luego no puede haber ningún aplauso ni ningún sonido. Pero decir esto, siguiendo la lógica occidental (y, debo añadir, la lógica de cualquier persona sensata del mundo), no era nada Zen. Había que intentar experimentar el aplauso de una sola mano en el fondo del alma, y así se preparaba uno para alcanzar la iluminación, o por lo menos para un trabajo como público en un concurso de la tele aunque te quedases manco. Otro de mis koanes favoritos era: “No puedes alcanzar la iluminación si lo intentas, ni puedes alcanzar la iluminación si no lo intentas”. A ver cómo demonios puedes intentar y no intentar algo, al mismo tiempo. Cualquiera puede probar a intentar no intentarlo y verá lo complicado que es.

En la película de Kung Fu, el maestro del pequeño saltamontes le contaba historias y le ponía acertijos irresolubles, y en el templo de Sao-Lin también meditaban mucho, por tanto el Zen me atraía bastante. Y el Zen obviaba el tema de las patadas en las costillas, lo cual era, desde mi experiencia, un punto a su favor.

Incluso hice un viaje a Barcelona para realizar un curso de meditación Zen. El precio era razonable, aunque lo discutí un

poco pidiendo descuento por ser estudiante, descuento que no me hicieron, los muy rácanos.

Lo de meditar estaba bastante bien. Pero había alguien a tu espalda con un palo, y cada vez que te adormecías te despertaba pegándote un bastonazo. Por desgracia para mí, el del palo era el mismo con el que había mantenido la pequeña discusión económica, así es que me pegaba me adormeciese o no, y yo juraría que me pegaba más fuerte que a los demás. Acabé un poco harto de tanto bastonazo y, por si fuera poco, era bastante aburrido estar ahí sentado horas y horas sin hacer nada. Sin hacer nada salvo recibir bastonazos, quiero decir.

Buda meditaba, sí, pero nadie le pegaba bastonazos, así es que supongo que no es necesario que te peguen para alcanzar el Nirvana. Cuando se lo sugerí al maestro Zen que dirigía la sesión, se rio bastante y me preguntó si yo era Buda. A mi vez, yo le pregunté si a Buda le habrían hecho un descuento en el precio del curso y añadí que si tanto les gustaba el bastoncito de las narices, podían introducirselo por vía rectal; pero que si alguien me volvía a pegar, usaría mis conocimientos de Karate (prudentemente, omití mencionar mi cinturón). Así, de forma un tanto abrupta, terminó mi experiencia con el budismo Zen. Y no me devolvieron el dinero del curso, ni siquiera la parte proporcional no consumida, por lo que cada bastonazo me salió por un pico. Eso me pasó por ir a una casita de las afueras de Barcelona en vez de a Ryoang-ji, el templo del Dragón en Kyoto; pero es que a Barcelona se puede ir en autobús y, en cambio, el precio de un billete de avión hasta Japón no estaba a mi alcance..

El Yoga no parecía tan malo. Me compré un librito cuyo nombre aún recuerdo “Yoga para todos”, aunque también se me ha perdido hace mucho. Yo me ponía en las posturas que el libro me indicaba. Al parecer, así se liberaba la energía Kundalini, que iba ascendiendo de chacra en chacra por la columna vertebral, y cuando llegaba a la coronilla, alcanzabas la iluminación, o algo parecido.

Conseguí bastante flexibilidad gracias a ese libro, flexibilidad que aún hoy conservo a pesar de mi edad, lo cual es

bastante más positivo que el dolor de costillas cuando llueve. Pero de Kundalini, iluminación y todo eso, nada de nada.

Sin duda, necesitaba un maestro de Yoga, porque alcanzar la iluminación siguiendo las instrucciones de un libro que se titulase “Yoga para todos” no era serio. Si hubiese tenido un nombre con un poco más de glamur, puede. Un nombre incomprensible y misteriosamente hindú, pero no “Yoga para todos”. Así es que busqué un maestro de Yoga que me enseñase los secretos de los yoguis (obsérvese que en poco tiempo había viajado de China a la India, pasando por Japón, como si cualquier cosa, y sin pagar avión. Para ser precisos, pagando solo un autobús a Barcelona).

Encontré un maestro de Yoga muy bueno y muy caro. Le pedí una rebaja por ser estudiante, como hacía en todas partes. No es que yo fuese tacaño, sino que estaba sumergido en una permanente crisis económica porque había cometido la tontería de comprarme un coche. Está bien, lo confieso, un poco tacaño sí que era yo, pero menos que el maestro Zen de Barcelona.

Después de tantos años no recuerdo la mayoría de los nombres de los trascendentales libros que leía en mi juventud, pero sí me acuerdo perfectamente de mi Dyane 6 descapotable de cuarta mano. El motor de dos caballos tosía un poco, como si padeciera tuberculosis; en las curvas se inclinaba como un marinero borracho; los amortiguadores... ignoro si no tenía amortiguadores o si se habían ablandado tanto que parecía como si no los tuviese; la capota era casi transparente de puro gastada... Pero su anterior dueño lo había pintado de un color granate precioso y no tenía un solo rasguño. Yo lo limpiaba y lo enceraba con el cariño que otros dedican a su perro de toda la vida.

Aunque trabajaba durante el verano, repartiendo guías telefónicas o como socorrista en una piscina, el precioso coche engullía mis magros ahorros con ansia desenfrenada. Servidor era el feliz dueño de un coche con motor de perrito chihuahua, pero con apetito de mastín leonés. Nunca ganaba suficiente dinero para satisfacer sus innumerables caprichos: que si una correa del ventilador, que si un ventilador, que si

el radiador entero, que si no había pensado en tirar al desguace aquella chatarra y comprarme un coche en condiciones... Pero el mecánico que así me aconsejaba no era un poeta y no podía percibir la belleza de aquella pintura granate impoluta. Aparte de que yo no podía comprar otro coche mejor. Ni peor. En aquel coche había invertido casi todos mis ahorros y todas mis ilusiones.

Mi coche solía trasegar un litro de aceite a la semana, pero yo no podía permitirme ni siquiera tomarme una cerveza con mis amigos. Disfrazaba mi penuria con una capa de esnobismo. Cuando el camarero tomaba la comanda, yo pedía un té de jazmín. El camarero respondía que no tenía. Entonces, con gesto desdeñoso, como si mi presencia fuese demasiado elevada para semejante tugurio, declaraba que en ese caso no consumiría nada. Este truco funcionaba muy bien hasta que en un local muy elegante el camarero me respondió con un: “Muy bien, señor”. Esto me sobresaltó grandemente, primero porque un bar en el que el camarero lleva pajarita y está dispuesto a servirte un té de jazmín sin enarcar una ceja ha de ser un sitio muy caro. Y segundo, porque confiando en el éxito de mi triquiñuela, yo no llevaba encima nada de dinero. Mi lema económico era: “Si no llevas dinero, no puedes gastarlo”, y resultaba un lema muy eficaz para ahorrar y así poder derrocharlo todo de golpe en un cigüeñal nuevo. Podría haber pedido prestado a mis compañeros, si no fuese porque mis compañeros no eran del género masculino, sino femenino; y no eran compañeros en plural, sino en singular. Matices de la gramática, pero que resultaban importantes, porque estaba con una chica que me gustaba mucho, y una chica de mi época no solía invitar a su acompañante en la primera cita. Ni en la segunda. En la última, sí, porque si alguna vez tenía que pagar ella, la cita se convertía en la última. No sé si en la actualidad las cosas serán distintas, porque ha pasado mucho tiempo y, además, siempre que pido un té de jazmín, o cualquier cosa, compruebo antes que tengo dinero para pagarlo.

Desesperado, busqué una treta para no pagar con un dinero que no tenía un té que no me quería tomar. Pregunté, con gesto todavía más autosuficiente: —“¿Ese té de jazmín, es



de Ceilán o de China?” El camarero se sobresaltó y tuvo que confesar que no lo sabía, a pesar de llevar pajarita. Yo lo mandé de vuelta a la cocina, para que comprobase el origen del té. Volvió al poco: —“Es de Ceilán”. Suspiré, contrariado: —“Solo paladeo té de jazmín de China. Si no lo tienen, entonces no tomaré nada, gracias”. Para que luego digan que el orientalismo no es útil.

Como puede suponerse, si mi coche no me dejaba dinero para tomarme un té, unas carísimas clases de Yoga estaba fuera de mi alcance. O la iluminación, o cambiarle las bujías a mi Dyane. Creo que ni el mismo Buda se vio en tesitura semejante. Pero siempre se podía regatear un poco.

El maestro de Yoga me replicó que no considerase el dinero que le iba a pagar como un gasto, sino como una inversión. Yo poseía mucha flexibilidad corporal (gracias al librito “Yoga para todos” con el que había practicado en mi casa), y en pocos meses estaría listo para impartir clases como su ayudante. Entonces, ganaría lo que habría pagado y mucho más.

Me escandalicé. Buscaba la iluminación con todas mis fuerzas, a un precio razonable; y ciertamente necesitaba todo el dinero posible para mi pequeño cochecito tragón. Pero tanto materialismo me repugnó en lo más íntimo, no supe muy bien por qué. Le dije que me lo pensaría y me fui para no volver.

Tendría que seguir con mi librito de “Yoga para todos”. Lamentablemente, aunque era bastante claro respecto a las posturas básicas del Yoga, resultaba mucho más impreciso sobre lo de meditar. Y meditar era muy importante para alcanzar la iluminación, según había leído en alguna parte.

Me fui al parque de mi ciudad, me senté debajo de un árbol y me puse a meditar, sin saber muy bien cómo hacerlo. El árbol era un pino y no una higuera, como el árbol bajo el que se sentó Buda; pero confiaba que este detalle botánico no tuviese demasiada importancia y, de todas, formas, en aquel parque no había ninguna higuera, así es que el pino tendría que servir. No estaba muy seguro de esto, porque cuando uno no sabe puede creer que algo no es importante, cuando resulta esencial. Por ejemplo, un ignorante de la mecánica puede

creer que un aceite de motor 5W30 que está de oferta será parecido a un 10W40 mucho más caro, y luego tienes que pasarte un mes trabajando para pagar la junta de la culata de tu Dyane que se ha quemado. A lo peor un pino tampoco era intercambiable con una higuera. En fin, le concedería al pino un mes de meditar una hora cada día, y si no observaba progresos evidentes, iría cambiando de árbol hasta encontrar el adecuado.

Llevaba dos o tres días dedicándome a meditar durante una hora debajo de aquel pino, lo más apartado posible de los chiquillos que jugaban al balón y de los consiguientes pelotazos, y tratando de no dar importancia a las miradas de los curiosos que me observaban divertidos mientras se tomaban unas cervecitas desde la terraza de un bar cercano, cuando tuvo lugar el encuentro con quien cambiaría mi vida.

Oí que alguien me llamaba por mi nombre y abrí los ojos. Era mi profesor de Literatura del Instituto, que daba un paseo.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy meditando. Ya sé que es un pino y no una higuera.

—Ya veo que estás debajo de un pino.

—No sé si será muy importante lo de la higuera. Buda alcanzó la iluminación debajo de una higuera, pero aquí no hay higueras.

—No creo que sea demasiado importante lo de la higuera, si mi opinión te sirve de algo. El lugar en el que se medita es como el color de la pintura de un coche: algo puramente circunstancial y accesorio.

Excepto en el caso de mi precioso Dyane 6, estuve a punto de señalar. Pero me pareció poco apropiado y me callé.

—Es que intento seguir el camino de la iluminación y...

—Espera un momento antes de continuar. ¿Os acordáis cómo en clase os enseñaba a elegir con cuidado las palabras y a saber qué significan con exactitud antes de emplearlas?

—Pues... sí, más o menos. ¿Lo decía Platón?

—Casi aciertas. Lo decía Sócrates. ¿Ya no recuerdas su frase: “El mal uso del lenguaje introduce el mal en nuestra alma”? —suspiró mi antiguo profesor— En fin, no voy a desanimarme acerca de los resultados de mis enseñanzas. Dime

qué significa para ti eso de “camino”. Y luego hablaremos de lo que llamas “iluminación”.

Pensé durante unos momentos. El último libro que había leído era otro de Alan Watts titulado “El camino del Tao”, un autor bastante prolífico acerca de los caminos, posiblemente era ingeniero. Un nuevo salto hacia China, desde el Yoga de la India que en ese momento yo intentaba practicar. Y sin tropezarme en el Tíbet ni en el Himalaya, eso es un buen salto y lo demás son cuentos..

—El camino de la iluminación es el Camino del Tao —sol-té.

—Tao significa camino, así es que acabas de decir que el camino de la iluminación es el camino del camino. Un poco redundante, si me permites señalártelo.

—¿Usted puede enseñarme el camin... el Tao?

—En todo caso, te lo enseñaría en español, porque de chino no conozco ni una palabra. ¿Sabes algo de Taoísmo?

—He leído un libro que...

—Pues entonces sabrás que en el Taoísmo es muy importante obtener la inmortalidad, o siendo un poco más realistas, una larga vida. Para eso la abstinencia sexual completa es fundamental, según sus autores.

—¿Abstinencia sexual? —pregunté, aunque lo había oído perfectamente. De pronto, lo de que te rompiesen las costillas o te diesen con un bastón en la espalda no parecía tan malo.

—Los taoístas normales disfrutaban de una vida sexual más o menos como el resto de la gente, porque de lo contrario el taoísmo se habría extinguido. Pero si quieres llegar a lo más profundo del taoísmo, la abstinencia sexual es ineludible.

—Es que... verá... acabo de echarme novia. Y justo ahora que he conseguido llevármela al catre, sería una lástima dejarla. No es ningún portento en la cama, pero, en fin, a falta de nada mejor...

Ya sé que el querido lector estará pensando que yo era un cretino. Yo también lo pienso... ahora. Pero me he prometido a mí mismo contar lo que sucedió, no lo que me habría gustado que hubiese sucedido. Y no puedo pasarme la novela entera excusándome por las estupideces que dije, hice o

pensé cuando era joven. Tampoco omitiré nada, por mucho que me avergüence ahora, tantos años después. De todas formas, si el lector tiene un poco de paciencia podrá comprobar que pronto iba a recibir mi merecido, con intereses.

—O sea, que de taoísmo nada —resumió mi profesor—. Si el sexo te gusta tanto que no puedes prescindir de él, está el Tantra, una especie de Yoga sexual. Pero has de tener una pareja de confianza y, por supuesto, experimentada.

—La chica con la que salgo no vale para hacer cosas raras en la cama. No ha tenido nunca pareja, y se cree que con abrirse de piernas una mujer ya hace suficiente. Ojalá fuese más activa e imaginativa; pero no, es demasiado torpe y moji-gata. ¿No habría otro camino espiritual?

—Libros espirituales que contengan la palabra camino, así, a bote pronto, se me ocurren: “Camino”, de Monseñor Escrivá (sí, el del Opus Dei, no pongas esa cara). “Camino de perfección”, de Santa Teresa de Jesús. Y si te gusta algo más hippie, tenemos “En el camino”, de Jack Kerouak, con vagabundeos, drogas y bastante sexo. Seguro que este camino es el que prefieres.

En aquel momento me di cuenta de que se estaba burlando de mí. Por un instante me sentí tentado de mandarlo a..., ejem, de decirle que se fuera y me dejase meditar tranquilo, ya que no me ayudaba. Pero se me ocurrió que yo también podía ser burlón e ingenioso, como los maestros Zen cuyas anécdotas había leído. No recordaba ningún libro famoso que contuviese la palabra “camino”. Sin embargo, en sus clases mi profesor había insistido bastante en la poesía de Antonio Machado.

—Quiero que me enseñe a seguir el camino de Antonio Machado —dije, con cierto enojo.

—¿Antonio Machado? —se extrañó mi profesor.

—Sí, Antonio Machado. El de “*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar...*” y no me acuerdo cómo sigue. ¿Siendo profesor de Literatura nunca se ha dado cuenta de que Antonio Machado era un maestro espiritual y que “*Caminante, no hay camino, se hace camino al andar*” es un koan Zen? Si se hace camino al andar, entonces hay un camino; pero si hay un camino, entonces se contradice con el no hay camino.

—Me dejas sorprendido —admitió el profesor.

—¿No lo sabía, verdad? Y yo, en cambio, que casi tengo que repetir su curso por unas miserables faltas de ortografía en el examen, lo he visto con claridad sin necesidad de pensarlo ni un minuto. Enséñeme a meditar si sabe, y si no va a enseñarme, déjeme en paz y ya encontraré a alguien que me enseñe. Adiós.

—Sí, sí y sí —me respondió.

—¿Cómo?

—Sí que te enseñaré a seguir el camino de Antonio Machado, te acepto como discípulo, a prueba por el momento. Sí que sabía que Antonio Machado era un maestro espiritual y que su poema más famoso es lo que tú llamas un koan Zen. Y sí que te enseñaré a meditar: a través de las enseñanzas de Antonio Machado te enseñaré a meditar tal como descubrió el Buda, el que despertó, y te llevaré hasta el umbral del despertar; sin embargo, este umbral habrás de cruzarlo solo, nadie podrá ayudarte. Y quizás nunca lo cruces.

Ahora me tocó a mí asombrarme. El tono de mi profesor de Literatura había cambiado, ya no se burlaba de mí. ¿O sí se estaba burlando? Tenía un sentido del humor un tanto peculiar.

—¿Está refiriéndose a Antonio Machado, el poeta?

—Al mismo.

—Pues yo no hablaba en serio. Esos versos me vinieron a la mente sin pensarlo.

—Me he dado cuenta de que no los pensaste. Y por eso es tan valiosa tu intuición. Tampoco los entiendes, y no importa. De hecho, no puedes entenderlos, porque si los comprendieses habrías llegado al umbral del despertar y yo tendría que apartarme de ti.

—¡Sí que los entiendo!

—No con los huesos, no con el alma. Los entiendes con la mente. Pero los versos de Antonio Machado poseen la extraña cualidad de que nadie comprende su sentido profundo hasta que llega su momento. De hecho, esos versos que tan frívolamente has pronunciado pueden precipitarte en el infierno y en la locura, incluso en la muerte.

—¡Todo el mundo los conoce! —repuse— Hasta los niños de las escuelas los recitan.

—Una pistola puede parecerle un juguete a un niño hasta que pones una bala en la recámara. Pero no hablemos más de estos versos terribles, aún falta mucho para que tengas que enfrentarte a ellos.

—Maestro, si es que me permite llamarle así, todavía no puedo creerme que haya algo oculto en los poemas de Antonio Machado. ¡Son tan claros y transparentes!

—Puedes llamarme como prefieras, pero si me llamas maestro, yo me dirigiré a ti como querido discípulo. Hagamos un trato: yo recito unos versos de Machado y si adivinas su sentido, admitiré que todo es una broma. Pero si no lo adivinas, tú aceptarás que tal vez, solo tal vez, sus poemas contengan unas claves secretas que, en su conjunto, forman lo que podemos llamar “El Código Machado”. Código que... bueno, no anticipemos acontecimientos. ¿Estás de acuerdo con el trato que te propongo?

—Sí, de acuerdo.

— *“Cantad conmigo a coro: Saber, nada sabemos,  
de arcano mar venimos, a ignota mar iremos...  
Y entre los dos misterios está el enigma grave;  
tres arcas cierra una desconocida llave.  
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.  
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?”*

—¡No entiendo nada! ¿Cuál es el enigma? ¿Y la llave? ¿Qué simbolizan las tres arcas? ¿Por qué la luz nada ilumina y el sabio nada enseña? ¿Y qué dice la palabra? ¿Y el agua de la peña?

—¿No decías que la poesía de Antonio Machado era clara y transparente?

—¡Pero si usted nos hizo leer las *Poesías Completas* de Machado durante el Bachillerato! ¡Y yo las leí, no como otros que para el examen se habían aprendido apuntes de otros años! Ya entonces me atraía la espiritualidad: ¿Por qué no me di cuenta de la existencia de este poema? ¿Por qué no me llamó la atención?

—Porque en aquel momento no estabas preparado para descifrar el Código Machado. La pistola estaba descargada, era un juguete. Ahora ha disparado su bala, alcanzándote en el corazón, pues has pedido que te enseñe el significado oculto de los poemas de Antonio Machado. Inicias un camino que a veces será duro y aterrador, que te obligará a poner en peligro todo lo que posees, todo lo que conoces, todo lo que amas. Tal vez tengas que arriesgar la razón, el alma y la vida. Todavía puedes retroceder. Si te arrepientes ahora, el poema se convertirá en una rareza sin trascendencia de un poeta por lo demás claro y transparente. Pero si empiezas a descifrar el Código Machado, llegará un momento en el que te será difícil, si no imposible, retroceder sin perder algo muy valioso. Y no podemos saber a dónde te conducirá este camino. Quizás a la muerte. Quizás a la locura. Quizás a un dolor tan intenso que preferirías haber muerto. O tal vez al umbral del despertar, eso que tú llamas iluminación. O vete a saber dónde, el final de tu historia es impredecible.

Sonreí ante tan burdo intento de asustarme, cuando la poesía es algo inofensivo. Ningún poema resulta tan peligroso y, menos que cualquier otro, los poemas de Antonio Machado, con lo claros y simples que son. Desde luego, mi nuevo maestro tenía un sentido del humor un tanto peculiar; pero si quería poner a prueba mi determinación, tendría que inventar algo más convincente.

—Acepto encantado cualquier perjuicio que me sobrevenga al leer a Antonio Machado. Me doy por advertido —consentí, sin ser ya capaz de contener la risa. Desde luego, había tenido suerte de encontrar a un maestro Zen tan original, iba a disfrutar mucho con sus enseñanzas.

—Muy bien. Haz tu primera pregunta.

—¿Todas las poesías de Machado tienen un significado secreto y forman parte de su Código?

—No. Él era poeta, y como tal poeta escribía poemas que podríamos llamar “normales”. Solo cuando actúa como maestro del camino su poesía adquiere un significado oculto. Entonces es cuando, como él mismo confiesa:

*“Da doble luz a tu verso,  
para ser leído de frente  
y al sesgo.”*

—Pero los poemas de Machado normalmente son muy claros. Este de las arcas y la llave no parece de él.

—En efecto. Habitualmente sigue una estrategia muy hábil:

*“Oscuro para que atiendan,  
claro como el agua, claro  
para que nadie comprenda.”*

»El poema de la llave es excepcional, lo escribió de manera deliberadamente misteriosa para atraer la atención. Es como un letrado luminoso que dijese: “Hay algo oculto en mis poemas, búscalo”. Sin embargo, si toda su poesía fuese tan esotérica, los eruditos se apercebirían de ello y aplicarían sus conocimientos para descodificarla. Y al descifrarla con sus mentes, la inutilizarían, porque estos poemas se dirigen al sentimiento, no a la razón. Por eso lo incomprensible es tan escaso en Antonio Machado, un recurso para que le atiendan, para despertar la atención de quien está preparado para iniciar el camino.

»Nuestro poeta se encontró con el reto de conseguir que el sentido de sus poemas pasase desapercibido a quien no estuviera preparado para comprenderlos. Cuando se desea que una clave permanezca secreta, se suele hacer tan complicada que resulte imposible de descifrar, pero esto conlleva dos problemas: uno, que todo el mundo reconoce que allí hay una clave, y los estudiosos terminarán por averiguar su contenido. Otro, que una clave muy compleja es difícil de descifrar incluso para aquellos a quienes está dirigida.

»Sin embargo, si el mensaje parece simple y anodino, como por ejemplo un poema de amor, nadie se dará cuenta de que está en clave y, por tanto, nadie buscará un doble sentido a lo que allí se dice. En cambio, el receptor del mensaje no tendrá ninguna dificultad en comprenderlo.

»Es como en el cuento de Edgar Allan Poe *La carta robada*. La policía de París busca desesperadamente una carta importantísima, pero solo el genial detective Auguste Dupin



la encuentra. Es el único que piensa que esa carta tan importante estaba escondida... encima del escritorio del ministro, a la vista de todos. La clave de Machado es igual de evidente.

—¿Y qué clave es esa, si puedo saberlo? —pregunté.

—Una clave muy sencilla, casi infantil. Cuando Machado dice camino, se suele referir al camino, es decir, al proceso de evolución espiritual que conduce al despertar. Cuando dice despertar, se refiere a despertar.

—¿Despertar es iniciar el camino?

—No, no. ¿Sabes qué significa la palabra Buda?

—Era como se llamaba Buda, el fundador del budismo, ¿no? Todos lo saben.

—Buda significa “el que ha despertado”. Mientras que bodhi, la experiencia que te convierte en un Buda, se traduce por “despertar”. Y seguir el camino para despertar, “budismo”, porque si lo tradujésemos al español y dijésemos “despertador”, daría lugar a ciertos equívocos y, como religión, no sería muy popular, la verdad. A nadie le gustan los despertadores. Luego, con los siglos, se ha ido prefiriendo llamar “iluminación” al despertar, un término que puede ser engañoso, porque en el camino existen a veces experiencias de claridad que no son reales y que si se confunden con el despertar perjudican mucho la evolución.

—¿Entonces “despertar” en Machado significa convertirse en Buda?

—En Machado y en el budismo, despertar es convertirse en un Buda, en uno que ha despertado. Buda es una proposición adjetiva sustantivada, no un nombre propio. La gramática, como siempre, puede ser peligrosa. Si al poseer una cualidad, el haber despertado, lo transformas en un nombre propio, tu mente interpretará que solo existe uno que ha despertado y que despertar es imposible para alguien normal como tú. Una sutileza gramatical que conlleva un error de graves consecuencias. Es mejor decir Gautama el Buda, cuando hablamos de quien para la gente es Buda. O Antonio Pérez el que ha despertado, pongamos por ejemplo trasladándonos a España. Podríamos decir “el despierto”, en vez de “el que ha despertado”, pero parecería el alias de un estafador.

—¿Y ya está? ¿Esa es toda la clave de Machado?

—Casi. Para referirse a la vida normal, puede emplear el término “vivir”, o bien “dormir”, porque para quien ha despertado, quienes no lo han hecho parecen como dormidos, lo cual tiene toda la lógica del mundo. Y quienes han iniciado el camino del despertar, son los que “sueñan”. No están despiertos, pero se niegan a seguir durmiendo y quieren despertar, aunque por el momento están confusos y desorientados, como perdidos en un sueño, o a veces en una pesadilla.

—Yo leí las poesías de Machado y ahora no me viene a la mente ninguna en la que se mencionen estas claves —aduje.

El maestro citó:

—“*Tras el vivir y el soñar  
está lo que más importa:  
despertar.*”

—¡Caramba! —me asombré— ¡Sí que es sencillo descifrar su significado!

El maestro rio con ganas:

—¿Sencillo? Sí, claro *como el agua, claro, para que nadie comprenda*. Los versos de Machado solo son evidentes cuando te encuentras en el estado anímico adecuado. Antes, tan son solo unos simples versos.

—Pero con las claves que me ha dado, serán fáciles de entender.

—Unas claves que solo te han servido para interpretar un poema muy simple. Ya has empezado a soñar y quieres despertar, por tanto ya puedes comprender ese primer poema. Digamos que es un aperitivo. En otro poema similar, Machado parece que habla de lo mismo, pero no es así:

“*Entre el vivir y el soñar  
hay una tercera cosa,  
adivínala.*”

—Si la respuesta no es el despertar, no sé qué puede ser —admití.

—Porque este poema se comprende en las últimas fases del camino. Para ti es casi imposible ahora, pero cuando

llegue el momento lo verás tan claramente como el anterior. O, mejor dicho, lo sentirás.

—Sinceramente, estoy asombrado. Y exhausto, me siento agotado.

—El inicio del soñar siempre es fatigoso, a tu mente le cuesta adaptarse a su nuevo estado. Mejor descansar —condescendió el maestro.

—Tengo una duda, maestro. ¿Puedo preguntársela ahora o esperamos a mañana?

—Si aún tienes fuerzas, pregunta.

—No se ofenda, pero no estoy seguro de si lo que me está contando sobre la poesía de Antonio Machado, el camino del despertar y todo esto del Buda no será en el fondo un juego literario, una forma de retorcer los poemas para burlarse de mí. O sea, le pregunto, y respóndame la verdad, por favor: ¿Todo esto va en serio o es una tomadura de pelo?

—Excelente duda, que demuestra que serás un excelente discípulo. Uno no puede creerse lo primero que le cuentan, ¿verdad?

Me enorgullecí del halago de mi maestro.

—Pero aunque la duda es razonable, tu pregunta es una estupidez.

—¿Cómo?

—Es como preguntarle al frutero que te vende unas naranjas si son buenas. Si te está engañando dándote naranjas pasadas, también te engañará al contestar tu pregunta. Salvo que seáis amigos y él valore más tu amistad que una venta, la respuesta del frutero siempre será: “Sí, son excelentes”. Tu pregunta, y la respuesta consecuente, no añade ninguna información sobre el estado de las naranjas.

—¿Y qué he de hacer, pues?

—Huele las naranjas. Tócalas. Sopésalas. Y al final, si te parecen buenas, ábrelas y prueba un gajo. Pero no hagas preguntas idiotas.

—O sea, que no me responde si sus enseñanzas son ciertas o son un burla.

—Si fuesen una burla, yo diría que son ciertas, para mantener el engaño. Y si fuesen ciertas, también diría que son

ciertas. Luego mi respuesta es irrelevante. Prefiero que juzgues por ti mismo. Lee los poemas de Antonio Machado de la forma en que voy a enseñarte y luego, cuando compruebes lo que sucede en tu interior, tú mismo me dirás si mis enseñanzas son ciertas o solo son una sutil broma literaria. No tengas prejuicios ni a favor ni en contra.

—Estoy un poco confuso, he de confesar.

—No es extraño. Has abordado un problema de lógica que ha atormentado a la Humanidad desde hace dos mil años. Ya lo observaron los antiguos griegos: Si un cretense dice “los cretenses siempre mienten”, ¿dice la verdad o no? Si dice la verdad, entonces los cretenses no mienten siempre. Por tanto, el cretense dice una mentira, pero entonces no dice la verdad, luego miente. Y si miente, entonces dice la verdad. Luego miente... un bucle infinito. Lo solucionó Bertrand Russell con su concepto de niveles de lenguaje. ¿Te acuerdas de las clases de filosofía de Bachillerato?

—Es que la filosofía del siglo veinte se daba a final de curso, íbamos retrasados y... —traté de excusarme.

—Bertrand Russell descubrió los niveles del lenguaje, el metalenguaje. Es decir, afirmaciones o negaciones que se hacen sobre el propio lenguaje; y cada nivel no interactúa con otros. Simplemente, la frase “los cretenses siempre mienten” está en un nivel distinto a “¿El cretense que pronuncia la frase dice la verdad o no?” Esto, que puede parecer un juego lingüístico sin trascendencia, tiene gran importancia en la vida y creencias de millones de personas. ¿Por qué creen en un libro sagrado? Porque el libro sagrado está dictado por Dios y, por tanto, siempre dice la verdad. ¿Y cómo saben que está dictado por Dios? Porque así está escrito en dicho libro sagrado. ¿Y cómo saben que es cierto lo que está escrito en el libro sagrado? Porque está dictado por Dios y, por tanto, es cierto. Es el mismo bucle que el del cretense, la pescadilla que se muerde la cola.

Habíamos terminado hablando de filosofía y de religión, de una forma un tanto escéptica, pero el maestro no había contestado a mi pregunta, lo cual me mosqueaba un poco. ¡Mira que si luego todo era una broma literaria!

—Entonces no me responde.

—Porque no quiero rebajarme a dar una respuesta, incurriendo en la misma falacia que tantos otros. No debes buscar la prueba de la veracidad de mis palabras en mis afirmaciones sobre mis propias palabras, ya te lo he dicho, no insistas más. Has de buscarla en otra parte. Vamos, que no te libras de darle un mordisco a las naranjas.

Pero a mí aún me preocupaba un asunto del que no habíamos hablado: el económico. Mientras la poesía de Antonio Machado había resonado en mis oídos, me había olvidado de todo; pero ahora, cuando el mundo normal volvía a ser importante, recordaba de nuevo las facturas del mecánico y mi menguante cuenta bancaria.

—Maestro, respecto de sus honorarios... Soy estudiante y solo puedo trabajar en verano y, por tanto, mi economía no es muy saneada, por decirlo con suavidad. Pero estoy dispuesto a pagarle algo razonable por sus enseñanzas, aunque preferiría trabajar para usted a cambio de sus conocimientos, tal como he leído que hacían otros discípulos con sus maestros espirituales.

—No es necesario que me pagues por la enseñanza, gracias. Ya tengo mi sueldo como profesor y me es suficiente.

—Pero yo insisto. Me sentiré mejor si le pago algo, aunque sea con mi trabajo.

—Si insistes, tengo que acceder, no discutiré contigo. Si quieres pagarme, vivo en una casa de las afueras y quizás haya alguna tarea para ti. Ven mañana a esta dirección, al amanecer, porque el día será largo. Y te voy a poner unos deberes. ¿Todavía guardas las obras completas de Antonio Machado que os mandé leer?

—Sí, por supuesto —mentí. En realidad, apenas acabé el curso vendí aquel libro, y muchos otros, a alumnos de cursos anteriores. Es que necesitaba el dinero, como ya he dicho. Pero lo primero que pensaba hacer era ir a una librería para comprar un ejemplar, aunque fuese de primera mano.

—Busca el poema que es su autobiografía, ese que empieza con *Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...* En él hay algunos versos que se refieren a un error terrible en relación al camino, un error que has cometido hoy. Has de

intentar encontrarlos y averiguar por ti mismo cuáles son esos versos y qué error has cometido.

—¿Y si no lo averiguo?

—Creo que lo conseguirás. Siempre has sido un alumno muy inteligente que sacaba buenas notas. Aunque a veces tu ortografía fuese algo tambaleante —me halagó el maestro.

Yo sonreí agradecido, pero la sonrisa se me heló en los labios cuando lo escuché continuar:

—Y, de todas formas, si fueras torpe, el dolor aumentará hasta convertirse en insoportable, y él te enseñará. Por eso, es mejor que te esfuerces y encuentres la respuesta sin necesidad de dolor, ¿verdad?

Así terminó mi primer día en el camino del despertar, según nos enseñan el Buda y Antonio Machado. Si hubiese sabido que en mi segundo día iba a amontonar estiércol, vaciar mi cuenta bancaria, irme de putas, estar a punto de que me rajasen con una navaja, perder a mi novia, quedarme sin coche, comprender unos pocos versos de Antonio Machado, aprender la antigua meditación hindú Shamata, quedar inconsciente por un traumatismo craneoencefálico e iniciarme en los placeres del sadomasoquismo sexual, todo seguido y por este orden, no me lo habría creído.

Pero es que todavía no conocía el poder que pueden encerrar unos simples versos de Machado. Y, por supuesto, aún no conocía ni a mi maestro ni a sus naranjas. Hasta aquel momento solo las había olido, pero ahora tocaba empezar a probarlas.

***Código Machado. Clave 2. Materia.***

*Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.*

\* \* \*

*Tan pobre me estoy quedando  
que ya ni siquiera estoy  
conmigo, ni sé si voy  
conmigo a solas viajando.*





## CAPÍTULO II

Al amanecer, acudí a la casa de mi maestro, que se encontraba en un pueblo no muy alejado de la ciudad. Aunque podría haber tomado un autobús, conducía, cómo no, mi flamante Dyane seis granate. Siempre que podía, iba en mi coche a todas partes. Y no lo usaba para ir a comprar el pan a la panadería de la esquina porque no se podía aparcar.

En las afueras del pueblo, tras recorrer unos trescientos metros de un camino de tierra, se levantaba la casa de mi maestro, rodeada por un pequeño huerto y un jardín. Una casa como cualquier otra del pueblo. Como cualquier otra no, porque las casas normales tienen asfalto hasta la puerta, y no un camino de tierra que empolva la preciosa pintura de los coches, volviéndola grisácea y sin brillo.

Resistí la tentación de pasarle una bayeta, porque luego tendría que hacer el camino de vuelta y se volvería a empolvar. Pero me molestó que mi coche diese a mi maestro una impresión de suciedad y descuido. El orden y la limpieza exteriores ayudan a que se mantenga el orden y la limpieza del espíritu, según todos los libros que había leído.

—¡Bienvenido, querido discípulo! ¿Has analizado el poema de Machado que te encargué? ¿Has encontrado en él los versos que se refieren al error que cometiste ayer?

Podría haber sido un poco más educado y haber dicho algo así como: “Bonito coche” antes entrar en materia. Aunque había que admitir que con el polvo se deslucía bastante.

—Lo he leído, maestro. Y también he pensado mucho sobre todo lo que ayer dije e hice. Creo que ya he identificado mi error: hablé despectivamente de mi novia. Por tanto, los versos han de ser esos de: “*Mas recibí la flecha que me asignó Cupido / y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario*”. Mi amor no ha sido hospitalario. ¿He acertado? ¿Son estos los versos?

—Es cierto que hablaste como un cretino egoísta, machista y pretencioso. Está muy bien que lo reconozcas, porque

ese es el primer paso para corregir un error. Sin embargo, tu equivocación fue mucho más grave. Bloquea totalmente el camino del despertar, no podemos iniciar el camino sin haberla subsanado antes. Y no ha sido hablar de esta manera de tu novia: si comportarse a veces como un cretino egoísta, machista y pretencioso fuera tan grave, casi la mitad de la población mundial tendría vedado el camino del despertar. Concretamente, la mitad de la población mundial del sexo masculino. Por fortuna para nosotros, los varones, no es así.

—Entonces, no sé qué puede ser —confesé.

—Te voy a dar una pista, para ponértelo más fácil. Recitaré los versos concretos que indican tu error:

*“Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.  
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago  
el traje que me cubre y la mansión que habito,  
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.”*

—Pero son una chorrada... perdón, unos versos anodinos, como de relleno. Machado hace lo que todo el mundo: trabaja y luego con ese dinero paga sus gastos —objeté—. No hay nada de espiritual en ellos.

—Para empezar, no todo el mundo trabaja. Los ricos no trabajan. Los pensionistas no trabajan. Los parados no trabajan. Los vagabundos no trabajan. Y los estudiantes como tú no trabajan.

—Yo trabajo durante los veranos. ¡Claro, eso es! Trabajo para pagarme el coche y mis pequeños gastos, no ayudo en mi casa, no pago mi pan, mi mansión y todo eso. Debería colaborar y no ser tan egoísta. ¿O tal vez buscarme una colocación por las tardes, después de la universidad? Porque el trabajo dignifica a la persona y...

—Alto, para, que no quería confundirte con mi puntualización. Solo llamaba tu atención acerca del hecho de que no todas las personas trabajan, como habías aventurado tan alegremente. Cuando estudias las palabras, o los versos, de un maestro del camino, la imprecisión suele conllevar serias equivocaciones.

—Pues entonces, el trabajo es necesario porque...

—Esto no es una adivinanza. Estás dando palos de ciego, a ver si hay suerte y atinas. Pero no has de comprender la poesía con la mente, sino con el corazón, con las tripas, con los huesos incluso. En fin, como veo que no descifras el enigma y ayer te ofreciste a pagar mis enseñanzas con tu esfuerzo, toma esta horca y esta carretilla, y lleva el montón de estiércol desde el huerto que está detrás de la casa hasta el jardín. Mientras lo haces, podrás pensar un poco más en el significado profundo de estos versos. Porque hasta que no lo encuentres, no podrás iniciar el camino.

—¿Y por qué no me lo dice usted y acabamos antes? Quiero decir, después de mover el estiércol, por supuesto.

—Porque los versos de Machado no se comprenden, se sienten. Son como un chiste, que si te lo explican pierde toda su gracia; por eso, para sentirlos de verdad has de descubrir su sentido por ti mismo. Y ya basta de hablar y a trabajar, que hoy hay mucho que hacer.

Durante tres horas estuve acarreando aquel estiércol putrefacto. Y el maestro ni siquiera me había dejado un mono, por lo que mi ropa quedó en el estado que se puede suponer. Entonces lo comprendí todo:

Había regateado con el precio de la enseñanza del camino del despertar. Y el despertar no tiene precio. Se puede regatear con las cosas que tienen precio, como unas clases de Yoga o de Zen, o un traje, o una casa, o el pan, o el lecho donde se yace. Pero no con el camino. ¿Acaso Buda no lo abandonó todo para lograr la iluminación? Y, aunque el catolicismo no molaba nada al lado del budismo, ¿no dijo Jesús “vende todo lo que tienes y sígueme?” Todo. Había que darlo todo por el camino, no trabajar una simple mañana moviendo estiércol de un lado a otro, sino todas las horas del día, entregar todo el dinero que se poseyese. Por fortuna, en ninguna escritura se hablaba de abandonar coches granates, porque eso sí que me habría costado mucho.

Al hacer que me pringase con el estiércol, el maestro me enseñaba que había manchado el camino del despertar con mi ta-cañería. El mismo trabajo era en sí una metáfora: el maestro me enseñaba no solo con palabras, sino con hechos. Desde luego,

había encontrado un auténtico maestro Zen, me dije a mí mismo, contento. Ahora tenía que limpiar mi mal karma ensuciando mi cuerpo. ¡Qué paradoja! Un koan Zen en vivo. Lo que siempre había soñado: ser el protagonista de un relato Zen.

Dejé la horca y se lo expliqué al maestro, excitado. Y le ofrecí todo lo que tenía en el banco.

Él sonrió y dijo que cada vez me acercaba más al sentido profundo de los versos, aunque todavía no había llegado hasta lo más hondo. Y a continuación me urgíó a subirnos a mi coche y a ir al banco, para sacar todo mi dinero.

—Déjeme ducharme antes y présteme alguna ropa para cambiarme, por favor. Aunque la peste del estiércol se me ha metido tanto en las narices que ya ni la huelo, supongo que mi aroma no será precisamente agradable.

Pero el maestro repuso que no había tiempo que perder si queríamos llegar al banco antes de que cerrase. En aquella época, debo señalar, no existían aún cajeros automáticos o, si existían, todavía no habían llegado a mi ciudad.

Así es que nos montamos en mi empolvado coche (¡ay, manchando la tapicería de estiércol!) y, tras un rápido y furtivo paso por el piso donde yo vivía con mis padres para recoger mi libreta bancaria, llegamos al banco justo a tiempo para vaciar mi cuenta.

Sin ahorros, iba a tener problemas para pagar las averías, el mantenimiento y los múltiples gastos de mi cochecito, pero trabajando los fines de semana podría mantenerlo. Un gran sacrificio, pero todo fuese por alcanzar la iluminación.

Le ofrecí los billetes a mi maestro, pero este los rehusó:

—No, no me has entendido. El dinero no es para mí.

Tras mi sorpresa inicial, comprendí sus intenciones y me admiré de su generosidad:

—Ah, claro, para los pobres.

—No, no. Este dinero es para que te vayas de putas conmigo.

Enmudecí, perplejo. Cuando conseguí hablar, apenas pude balbucir:

—¿Que nos vayamos de putas? Pero, ¿qué está usted diciendo?

—Concretamente, que tú te vayas de putas. Es tu dinero y creo que te hace falta aprender un par de cosas que ellas te van a enseñar.

—¡Pero, maestro, ir de putas está mal! —objeté.

—A ver si te aclaras. Ayer te sugerí la castidad del taoísmo (y, ya puestos, la de los monjes de cualquier religión, desde la cristiana a la budista), y la rechazaste. Ahora te propongo que te vayas de putas y también lo rechazas.

—¡Es que no es lo mismo!

—Claro que no es lo mismo la castidad que irse de putas. No hace falta ser muy listo para darse cuenta.

—Quiero decir que no es lo mismo acostarse con una mujer normal que con una prostituta.

—¡Exacto! Porque...

—Porque no es lo mismo, caramba. Además, está la dignidad de unas mujeres obligadas a vender su cuerpo por necesidad y...

—Mira, no entiendes nada. Libremente, decide si ir o no ir de putas con tu dinero. Pero debo decir que si no vas de putas, no tengo ni idea de qué más hacer para que comprendas los versos de Machado e inicies el camino del despertar.

—No sé, hay algo en esa idea que me repele—me resistí.

—Además, Antonio Machado, tras guardar luto por enviudar, se iba de putas. Tampoco mucho, porque el sueldo de un profesor de aquella época era escaso y no se podía permitir muchos lujos.

—¿Que Antonio Machado se iba de putas? —me asombré.

—No es algo que los profesores de Literatura enseñemos a nuestros alumnos de Bachillerato. En mi defensa, alegaré que los profesores de Física tampoco dicen nada de que Albert Einstein se cepillase a casi todas sus alumnas.

—Si Antonio Machado lo hacía... y siendo por un motivo espiritual... —accedí por fin.

—Muy bien. Sin embargo, he de advertirte de que correrás algún peligro físico.

—Si se refiere a las enfermedades venéreas, siempre llevo unos condones en la cartera.

—Para hacer el amor con tu novia.

—Con mi novia o con cualquier otra. El amor libre...

Aquí le solté a mi maestro un rollo sobre la libertad, el patriarcado, la represión, la falta de posesividad y muchas otras cosas, citando como autoridades a Wilhem Reich, Sigmund Freud, Alfred Kinsey y algunos más. Para quienes no lo vivieron, el amor libre era hacer con el sexo lo que todas las generaciones de la humanidad han deseado hacer pero no han hecho o han hecho a medias por miedo a los curas, a las enfermedades venéreas y a los embarazos. Ahora acababa de llegar la píldora, las enfermedades sexuales estaban en franca retirada gracias a los antibióticos y los curas habían perdido mucho poder e incluso se hacían los modernos. Pero como quedaba muy poco progre eso de decir “vamos a follar, ahora que se puede”, lo rodeábamos todo de una palabrería pseudointelectual insoportable. Vamos, que antes de echarte un polvo tenías que leerte un libro de Carl Jung para justificarte ante ti mismo. Y teníamos tantas ganas de sexo, que seguíamos empalmándonos después de leernos un libro de Carl Jung, que ya es decir.

El amor libre era una teoría muy popular entre los jóvenes, para escándalo de nuestros mayores, que pensaban que era mejor hacer lo mismo, pero a escondidas y sin leerse tochos pretenciosos antes. Suponía un gran choque generacional.

Claro que había algunos jóvenes que no sucumbían a esta moda y pensaban que una pareja era más satisfactoria emocionalmente, más estable y con menos complicaciones. A estos (y a estas) los llamábamos de todo: reprimidos... Bueno, solo los llamábamos reprimidos, pero, eso sí, se lo repetíamos muchas veces.

Por supuesto, si tu novia no estaba muy de acuerdo con lo del amor libre, no le podías explicar que la semana pasada te habías acostado con su mejor amiga, pero solo como forma liberadora de la represión sexual patriarcal, sin que eso alterase la relación de afectividad que mantenías con ella. El pronombre “ella” se refiere a la novia, no a la amiga, ojo. Es que el amor libre conllevaba ciertas complicaciones gramaticales, aunque fuesen las menores. Era un poco lioso, la verdad. Lo

del amor libre, no la gramática. A decir verdad, la gramática también es un poco liosa a veces. Ahora mismo, por ejemplo. Ya no sé ni cuál es el sujeto de mis frases, porque con el amor libre no querías estar sujeto a nadie y...

Aquí el maestro me interrumpió:

—Para, por favor. Te entiendo perfectamente, no hace falta que sigas. Como tus problemas éticos con la prostituta se originan, en el fondo, de que le pagas, te sugiero que te imagines que no le pagas y que os acostáis juntos para... ¿cómo has dicho? ¿Desafiar las represoras y castrantes convenciones sociales? ¿O era liberar la energía del orgón y permitir que la Kundalini salga del chacra mula-adhara?

—Por todo un poco. ¿Y he de practicar algún ejercicio de Tantra en particular? He leído un libro sobre Tantra que dice que...

—Aunque no te convenga recordarlo, pagas tú, así es que tú decidirás qué se hace, dentro de ciertos límites, claro. Haz lo que te plazca, aunque yo aprovecharía el momento, “carpe diem” o, como dice el proverbio persa: “Saborea la miel, extranjero, y no hagas preguntas”. Porque, como también nos enseña Jorge Manrique:

*“Cuán presto se va el placer,  
como, después de acordado,  
da dolor.”*

—Eso también lo dice el budismo —señalé—. Según las Cuatro Nobles Verdades...

—Dejemos las Cuatro Nobles Verdades por ahora y vayamos a lo nuestro. O mejor dicho, a lo tuyo. Dirijámonos a un burdel. Tengo buscado uno que abre al mediodía, lo cual no es fácil; ya había supuesto que no llegarías por ti mismo hasta el último significado de esos versos de Machado y que tendríamos que llegar hasta este punto...

El maestro se interrumpió:

—¡Caramba! Con tu cháchara sobre el amor libre me habías hecho olvidar algo muy importante. El peligro físico que te amenaza si vas a un burdel no es una enfermedad venérea, que también, sino otro más indefinido pero mucho más

inmediato. Y debo decir que no se curará con una inyección de penicilina, ni se previene con un preservativo.

—¿Y cuál es? —pregunté, un poco asustado, aunque no podía imaginarme qué peligro podía haber en un pacífico burdel, siempre que pagase la factura, claro. Aunque no tenía experiencia en prostitutas, por lo de la dignidad humana, la igualdad de sexos y todo eso, y, además, porque siendo joven y agraciado, y viviendo en la época en la que vivía, no había experimentado ninguna necesidad de ellas.

—No lo sé con exactitud, aunque algo preveo. Por eso, para salvaguardar mi conciencia si te sucediese algo malo, has de ser tú quien me pidas ir allí.

—¡Pero si la idea ha sido suya! —protesté—. Yo no quiero ir.

—Sé que la idea ha sido mía. Pero la decisión ha de ser tuya. Tienes que pedírmelo.

—Muy bien, se lo pido.

—Con todas las palabras, por favor. No quiero que luego puedas reprocharme nada.

—Le pido por favor que nos vayamos de putas. ¿Está bien así?

—Sí. Repítelo, para que quede bien claro.

—¡Qué tontería! Pero si usted lo dice... Por favor, vayamos de putas. Por favor, vayamos de putas. Por favor, vayamos de putas. Por favor, vayamos...

—Vale, vale. Se puede decir que lo has pedido con insistencia, ¿no es así? ¿Cuánto dinero tienes?

Se lo dije. Era una cantidad sustanciosa. ¿He contado que por ahorrar para mi coche no me tomaba nada en los bares y que empleaba un truquito con el té de jazmín que...? Sí, creo que ya lo he contado.

—Suficiente. Vayamos al burdel.

En la puerta, el maestro me detuvo.

—Si te encontrases en algún peligro que te parezca insuperable, llámame en voz bien alta. Grita todo lo fuerte que puedas. Recuerda, no intentes solucionarlo tú solo, llámame.

Diciendo esto, me dio unos fuertes abrazos, como si me fuese a la guerra o a la muerte.



Entramos en el burdel y, cuando mi maestro dijo lo que me iba a gastar, todo fueron agasajos y atenciones. Me mostraron a todas las chicas, en diferentes grados de desnudez, y cada una más incitante que la anterior.

—Tal vez deberíamos irnos a casa a ducharnos y ya volveremos otro día —dudó el maestro, dirigiéndose a la madame—. Venimos de un pueblo y el chico ha estado trabajando con estiércol toda la mañana, me temo que huele un poco mal.

—¿Se refiere usted a ese atractivo aroma a rudo hombre de campo? ¡Si nos encanta! ¿Verdad, chicas?

Evidentemente, la madame no quería perder tan sustanciosos ingresos. Las chicas se mostraron entusiasmadas ante la perspectiva de estar a mi lado y de disfrutar de mis viriles efluvios. Y porque no había una tuna, sino un tocadiscos, porque si la hubiese habido me habrían cantado eso de:

*“Derramaba lisura y a su paso dejaba  
aromas de mistura que su pecho llevaba.”*

Al final, me decidí por una de las muchachas.

—Esa es la que más me gusta. Tiene unos pechos enormes, no como los de mi novia, que parecen manzanitas.

—Muy bien. Ve y disfruta, mientras dure el placer. Yo esperaré fuera, en la calle, porque comprenderás que uno no es de piedra y no puedo aguardarte aquí, con todas estas chicas insinuándose. Pero, sobre todo, acuérdate de llamarme con un grito si te enfrentases a algún peligro.

No puedo describir aquí los escauceos amorosos que siguieron. No porque sea un mojigato, no, sino porque, aunque les parezca mentira, los he olvidado. Lo que ocurrió después a lo largo de aquel día fue como para borrar la memoria más sólida. Solo recuerdo que en su momento aquella cópula me pareció altamente satisfactoria. Uno casi no se daba cuenta de que estaba con una profesional.

Me dice el editor que una buena descripción erótica ayuda a que un libro se venda más. Voy a probar. Se acercó a mí (seguro que se acercaría, supongo), y mirándome (no era ciega) con sus ojos de color... ¿de qué color eran sus ojos? Nada, que

no hay manera, solo me acuerdo del tamaño de sus pechos, y solo a base de pechos no se puede escribir nada incitante, salvo para los lactantes, y esos no compran libros. Pero seguro que el lector encuentra en internet otras formas de inspirarse. Otra ventaja de la época actual, en nuestros tiempos solo teníamos unas revistas que se volvían mugrientas con el uso y unos siniestros cines X. Pero estábamos tan contentos, porque nuestros hermanos mayores habían tenido que viajar hasta Perpiñán para ver la famosa película “El último tango en París”, que contenía una escandalosa escena de sexo anal. A nuestro modo de ver, esa era la principal ventaja de vivir en una democracia y no en una dictadura. En la democracia, no había que viajar para ver una peli porno y, además, el sexo anal era voluntario; en la dictadura, en cambio, lo sufríamos todos, menos los de arriba.

De lo que me acuerdo perfectamente es de lo que sucedió después, cuando llegó el momento de pagar. Porque había perdido mi cartera. Y con ella todo mi dinero.

Parece mentira cómo un burdel se transforma en un lugar muy siniestro cuando dices que no puedes pagar sus servicios. Con lo simpático que parecía todo el mundo.

—¡Cabrón, he estado aguantando tu peste durante una hora! ¿Ahora me dices que no tienes dinero? —me gritaba la chica que tan amable y complaciente había sido unos minutos antes.

La madame, que había aparecido como atraída por un imán, me sugirió una solución:

—Puedes pagar con una tarjeta de crédito.

—Es que no tengo tarjetas de crédito, porque son un engaño del capitalismo para que consumamos más y así destruyamos el planeta, y...

Algo en la expresión de la madame me hizo darme cuenta de que no le interesaban nada las añagazas del capitalismo ni el futuro de nuestro planeta. ¡Cuánta insensibilidad!

—¿Y el amigo con el que has venido? ¿No puede pagar él o ir a buscar el dinero? —sugirió la madame, práctica.

—No lleva tanto dinero encima. Pero puedo fregar los platos, o hacer lo que se haga aquí cuando no se puede pagar —propuse.

Mi propuesta no pareció ser muy bien acogida. Y lo peor de todo es que apareció un tipo de aspecto patibulario que sacó una navaja.

—O pagas o te rajo.

Como yo no podía pagar, la gramática indicaba con claridad qué iba a sucederme. Oración disyuntiva, se llama, creo, si no recuerdo mal mis clases de Lengua. La situación gramatical era preocupante, y aquella amenazadora navaja no ayudaba a pensar en el análisis sintáctico. Me acordé de las instrucciones de mi maestro. Grita en caso de peligro. Con aquella navaja ante mis narices, lo de gritar salía de natural.

—¡Maestro, auxilio!

Por si estaba lejos, grité con suficiente fuerza como para que me oyese desde el otro extremo de la ciudad.

Al poco, apareció el maestro por la puerta. Justo a tiempo, porque el tipo patibulario estaba empezando a pincharme con la navaja en la mejilla con intención de atravesarla (supongo que no quería hacerme un piercing porque entonces no estaban de moda).

Mi maestro llevaba en la mano un talismán mágico que apaciguó la situación. No era un Dharma, la rueda budista de la ley; ni una mano de Fátima musulmana, ni un pentáculo gnóstico, ni siquiera una cruz cristiana. Estos cuatro amuletos juntos no habrían tenido el poder de lo que mi maestro enarbolaba ante él: el fajo de billetes desaparecido.

—En algunos de estos sitios roban a sus clientes. Yo he decidido guardar el dinero de mi amigo, espero que no haya sido demasiada molestia.

En aquel momento, yo me sentía demasiado aturdido como para darme cuenta de nada sino de que estaba salvado y de que iba a seguir teniendo, como hasta entonces, una sola boca. Luego, con más tranquilidad, pude darme cuenta de la astuta manera en que mi maestro utilizaba el lenguaje para no tener que mentir pero que la gente creyese lo que a él le convenía. Había dicho: “En algunos de estos sitios roban a sus clientes.” Lo cual es cierto. Punto y seguido. “Yo he decidido guardar el dinero de mi amigo.” También era cierto. Sin embargo, en sus mentes todos habían sustituido el punto y seguido por un “porque”.

Así habían entendido lo que consideraban “normal”, pues mi maestro no podía decirles que cuando me había abrazado, había sustraído mi cartera para enseñarme el significado espiritual de unos versos de Antonio Machado. Hasta en los burdeles hay ciertos límites que no se pueden sobrepasar.

A los que dicen que la gramática y la sintaxis son inútiles y que deberían eliminarse de los planes de estudio, los dejaría durante una semana a solas con mi maestro y cambiarían de opinión. Si sobrevivían, claro.

Ante el dinero, todo se serenó. La navaja dejó mi mejilla para volver al bolsillo y el tipo patibulario desapareció discretamente. La madame se excusó del malentendido deshaciéndose en sonrisas:

—Este es un sitio honrado, aquí no robamos a los clientes. No debería usted haberse tomado esta molestia para salvaguardar el dinero de su joven amigo. ¿Quieren tomar una copita para olvidar este incidente? Invita la casa.

Y la chica, insensible de nuevo a mi aroma, se refrotaba contra mí y halagaba mi virilidad, diciéndome cuánto la había hecho disfrutar y que esperaba volver a verme pronto. A mí y a mi dinero, supuse.

Acepté la copa gratis, porque necesitaba tonificarme. Y de paso me bebí la de mi maestro.

Allí, acodados en la barra de un burdel, reanudamos nuestra conversación espiritual. No era precisamente el jardín de Benarés donde Buda impartía sus enseñanzas, pero yo no podía esperar.

—¿Por qué ha hecho usted eso, maestro?

—¡Qué pregunta más tonta! Para enseñarte el error que estás cometiendo y que me impide mostrarte el camino. Piensa en lo que ha sucedido aquí, y luego piensa en los versos de Machado. No uses solo tu cerebro, trata de entenderlos con todo tu ser.

—¡Pues todavía me reafirma más en mi teoría de que hay que trabajar para pagar las deudas! Machado trabajó. Y aquí no habría habido ningún problema si hubiese podido pagar los servicios de la puta cuando ella me lo pidió. ¡Y déjeme decirle que me ha dado un susto de muerte!

El maestro suspiró.

—Por lo menos, espero que hayas disfrutado.

—Eso sí. Este polvo ha supuesto una gran diferencia comparado con los que echo a mi novia, que es tan torpe e inexperta. La puta esta podría darle clases a mi pobre novia, pero ella nunca haría lo que me ha hecho la puta, ni pagándole el doble —reí, un tanto achispado por el alcohol.

—Veo que el propósito de hablar con respeto de tu novia no te ha durado mucho —suspiró el maestro—. Tienes una costumbre un poco desagradable. Pero vayamos a lo esencial, que es Antonio Machado, y ya apañaremos de paso lo de tu novia.

Mi maestro cerró los ojos y meditó durante unos minutos. Luego concluyó:

—Necesitaremos más ayuda. La de la prostituta no ha sido suficiente. Acábate tu copa y vámonos a ver a tu novia, ya que la has mencionado. ¿Estará en su casa ahora?

—Creo que sí, tiene un examen la semana que viene. Pero mi novia no sabe nada de espiritualidad. Y lo de la mística oriental le da exactamente igual, es más, le parece una tontería.

—Tampoco has hablado de espiritualidad con la señorita con quien acabas de yacer y eso no ha impedido que ella te haya proporcionado una gran enseñanza que te niegas a percibir.

—¿Y si apareciese el padre de mi novia? —pregunté, un poco asustado.

Su padre era capitán, o comandante, o coronel, o algo así, de la Legión. Le habría gustado que su hija saliese con otro militar y no con un estudiante de Medicina un poco hippie, pero en un inusitado alarde de tolerancia había aplazado la decisión de matarme hasta conocerme un poco mejor. Es que con lo de la democracia que había traído ese traidor de Adolfo Suárez ya no se podía fusilar a la gente así como así, era una lata.

Él (el padre, no Adolfo Suárez) tenía la costumbre de llevar en la mano derecha una cadenita, que iba enrollando en su dedo índice. Cuando estaba enrollada, la desenrollaba con

un rápido giro, y vuelta a empezar. Así una y otra vez. De vez en cuando paraba y tiraba de la cadenita con ambas manos, como comprobando si seguía siendo lo suficientemente resistente como para estrangular a alguien. Una vez satisfecho del potencial homicida de la cadenita, volvía a enrollarla y a desenrollarla.

—Mi oficio literario flaquea a la hora de describir los sentimientos que este buen señor inspiraba en mí. ¿Recuerdan ustedes la primera vez que vieron “Psicosis”, la película de Hitchcock? ¿Se acuerdan de la escena del asesinato en la ducha? Pues igual, pero más.

—Si estuviera su padre, lo saludaremos con toda educación —dijo mi maestro.

Yo habría preferido volver con el tipo de la navaja, que de pronto me parecía un prodigio de amabilidad y simpatía. Pero cuando uno intenta descifrar el Código Machado no puede elegir, ha de aceptar lo que el destino le depare. Como un samurái, que va a la muerte sin demudarse, aceptando su karma.

El maestro me dijo que prefería conducir él, porque yo había bebido.

—¿Patina un poco el embrague, no? Y las marchas rascan al cambiarlas—señaló.

Empecé a sentir una profunda antipatía hacia él. Nunca había supuesto que tener un maestro Zen fuera así. Que te haga palear estiércol. Que te lleve de putas. Que te robe la cartera. Y encima, que critique tu coche. Podría haberse fijado en la pintura, en vez de en el embrague y en el cambio de marchas.

—Vive allí —dije, cuando llegamos—. ¡Qué buena suerte! ¡Hay un sitio para aparcar justo delante de su portal! Tenga cuidado al maniobrar, por favor, no le vaya a hacer una rayita.

El maestro aparcó sin tocar los coches vecinos, para mi alivio. Entonces se volvió hacia mí:

—No puedo enseñarte nada acerca del camino hasta que no encuentres el significado de esos versos de Machado. Pero sí puedo contarte una historia que tal vez te ayude en tu vida cotidiana a relativizar las cosas buenas o malas que

te vayan sucediendo. Has dicho que has tenido buena suerte por encontrar sitio para aparcar justo delante de su portal, ¿no es así?

—*Hemos* tenido buena suerte los dos —puntalicé—. No sabe lo difícil que resulta aparcar el coche en estas calles céntricas.

—A mí no me incluyas en tus asuntos, por favor. Yo no estoy seguro de si he tenido buena suerte o mala suerte, y tú tampoco deberías estarlo. Te voy a contar una historia que sucedió en China hace mucho, mucho tiempo.

—¡Estupendo! Cuente, por favor —me encantaban las historias orientales y, además, cuanto más tardase en ver al padre de mi novia, mejor.

—“Un anciano vivía en las montañas y solo poseía una cosa: un precioso caballo semental. Un día, el semental se le escapó. Todos los de la aldea le mostraron sus condolencias por su mala suerte.

—Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe? —les respondió el anciano.

—Si solo posees un caballo y este se escapa, entonces es mala suerte —le dijeron, extrañados por su respuesta.

— Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe? —insistió el anciano. Y se marchó a su casa.

Al cabo de una semana, el semental regresó al corral y traía consigo una manada de doce hermosas yeguas salvajes. Todos los de la aldea felicitaron al anciano por su buena suerte.

—Tenías razón al decir que no era mala suerte. Era buena suerte.

—Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe?

—Si antes solo poseías un caballo y ahora posees un caballo y doce yeguas, eso es buena suerte.

—Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe? —repitió el anciano, y se marchó a dar heno a las yeguas.

Al cabo de otra semana, el hijo del anciano se rompió un brazo intentando domar las yeguas. Los de la aldea acudieron apesadumbrados.

—Tenías razón. No era buena suerte, sino mala suerte, porque tu hijo se ha roto un brazo.

—Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe? —repuso el anciano.

—Tenías razón con lo del caballo, tenías razón con lo de las yeguas. Pero ahora no tienes razón. No hay nada bueno en un brazo roto y, además, duele mucho. Es mala suerte.

—Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe? —replicó el anciano, y se marchó para cuidar de su hijo.

Al cabo de otra semana, llegaron los soldados de Emperador y alistaron en el ejército a todos los jóvenes de la aldea, pues pronto iba a librarse una terrible batalla a la que pocos sobrevivirían. Se llevaron a todos los jóvenes, menos al hijo del anciano, que no les servía para luchar por tener un brazo roto.

Los aldeanos, todavía llorando por la marcha de sus hijos, fueron al anciano y admitieron:

—Tenías razón. Lo del brazo de tu hijo no era mala suerte, sino buena suerte.

—Buena suerte o mala suerte, ¿quién sabe? —dijo el anciano, volviendo a sus quehaceres.”

—Una historia muy bonita y sin duda será aplicable en otras situaciones. Pero no ahora —repliqué—. Supongamos que uno de los coches que tenemos delante o detrás se marcha y, al maniobrar, le hace una rayita al mío. De acuerdo, me daría un disgusto. Pero lo mismo podría haber ocurrido si hubiese aparcado en otra parte, a lo mejor en otra parte en vez de una rayita me hubiesen hecho una abolladura, que es mucho peor. Además, una rayita en el coche siempre, siempre, es mala suerte. Te cuesta dinero repararla.

—Me alegra comprobar que tienes criterio y que no te tragas cualquier historia que te cuento —dijo mi maestro—. Además, como te he dicho antes, esto de la buena suerte y de la mala suerte es una observación personal, no te ayuda en el camino y no tienes por qué creerlo. Solo te ayuda a relativizar los éxitos y los fracasos de la vida. Vale de hablar, vayamos a ver a tu novia.

—Se está muy bien aquí, en el coche. Y puede contarme cuantas historias quiera, le prometo que no volveré a llevarle la contraria. Es que no conoce usted a su padre, es un monstruo odioso, con bigotito fascista.



Pero el maestro fue implacable y subimos al piso, un tercero. Llamé a la puerta y abrió ella.

—¡Hola, amor! —me saludó.

—¡Hola, mi vida! —respondí— ¿Está tu padre?

—No, va a estar toda la semana de maniobras.

Exhalé un suspiro de alivio. Aquello también era buena suerte, dijese lo que dijese mi maestro. Si aquel ogro se mantenía a una distancia prudencial de mí, digamos doscientos o trescientos kilómetros, nada malo podía pasarme. Podía relajarme y disfrutar del cariño de mi dulce y encantadora novia.

Preocupado por la posibilidad de encontrarme con el monstruo de la cadenita, había olvidado hacer las presentaciones. El maestro subsanó mi falta de cortesía.

—Me presento: soy un antiguo profesor de Literatura de tu novio y le estoy enseñando algunas cosillas sobre la poesía de Antonio Machado. Precisamente ahora tiene ciertas dificultades y he pensado que tal vez tú podrías ayudarle.

—¡No sabía que estuviese tomando clases! ¡Y de Literatura! Yo creía que solo le interesaban esas tontas historias orientales, qué sorpresa más agradable. Precisamente, Machado es uno de mis poetas favoritos. ¿Qué es lo que no entiende mi novio, que intentaré ayudarle?

—Eres muy amable al ofrecer tu ayuda. Sin embargo, por favor, antes de hablar de Literatura, saludaos como siempre, no os cortéis por mi presencia.

Ella se acercó para besarme, pero se apartó con repugnancia.

—¡Puag! ¿A qué rayos hueles? ¡Qué asco!

Mis cornetes nasales podían haberse atrofiado debido a la prolongada exposición al estiércol, pero mi novia siempre ha disfrutado de un fino olfato. De hecho, en cuanto nos había abierto la puerta había notado mis efluvios, pero había creído que se había roto alguna alcantarilla en la calle. Con la historia de la buena suerte y la mala suerte me había olvidado de cómo apestaba yo.

—He estado acarreado estiércol porque con mi trabajo pago las enseñanzas sobre Antonio Machado. Ya sabes, los versos esos de "*a mi trabajo acudo, con mi dinero pago...*".

—Pues podrías haberte duchado antes de venir aquí —me interrumpió, mostrando un gran desinterés por la poesía, en clara contradicción con su anterior entusiasmo. No se me ocurrió ninguna excusa. Pero a mi maestro sí se le ocurrió. Vaya si se le ocurrió:

—Es que tu novio tenía prisa para llegar al banco antes de que cerrasen. Necesitaba dinero para irse de putas.

—¿¿¿Quééé???

—Yo le dije, como por accidente, que Antonio Machado, tras quedarse viudo, se iba de putas a veces. Y él decidió, libremente, irse de putas también.

—Espera, cariño, déjame explicártelo. No es lo que parece.

—No has sacado el dinero.

—Sacarlo, lo que se dice sacarlo, sí que lo he sacado.

—¡Pues ya puedes volver a ingresarlo mañana otra vez o hemos terminado! ¡Será posible tamaña desfachatez! ¡Venir a ver a tu novia apestando a estiércol, para decirle que te quieres ir de putas!

—Es que... verás... qué tontería, ¿verdad?... la cuestión es que... ya me he ido de putas. Pero yo no he tenido la culpa.

Mi novia no respondió nada. Sin embargo, su cara me recordó, de pronto, a la de su padre.

—Le advertí que era peligroso —señaló mi maestro, calmado los ánimos—. Sin embargo, el insistió. Insistió muchas veces, hasta que tuve que decirle que parase. Pero tomó precauciones, ¿eh? Ha utilizado un preservativo. Siempre lleva algunos en la cartera, por si le sale algún rollo. Como ese con tu mejor amiga, la semana pasada.

—¡Con mi mejor amiga! ¡Cómo ha podido!

—No fue nada personal —le aclaró el maestro—. Según el mismo me dijo, le vale cualquiera.

—No sabe usted cuánto me consuela eso —dijo mi novia, con aspecto muy poco consolado, no sé si me explico.

—Me alegro de que te consuele, porque lamentaría que rompíeis vuestra relación, con lo contento que él está contigo. Precisamente ayer mismo me decía que sería una lástima dejarte, ahora que había logrado llevarte al catre.

Aunque no pareció muy satisfecho con que no estés dispuesta a hacer cosas raras y te creas que basta abrirte de piernas. Al parecer, tienes poca imaginación, eres torpe y mojigata, y no sé qué más.

—¡Espera, cariño! ¡Lo está tergiversando todo!

—¿Ah, sí? ¿Has hecho y dicho todo lo que tu profesor cuenta o no? —ya no es que me recordase a su padre, sino que tenía la misma cara que habría puesto su padre si un recluta le hubiese propuesto que la Legión desfilase por Nueva York en la Marcha del Orgullo Gay.

—Er... sí. Lo he hecho. Pero puedo explicarlo todo.

—Lo dudo.

—Yo te quiero.

—¡Ja!

—¿Podrías hacer las paces si él te hiciese un buen regalo? —sugirió el maestro— Si te escribiese una poesía o te cantase una canción... Tendría que ser algo inmaterial, porque yéndose de putas se ha gastado todo el dinero que tenía.

—¿Todo el dinero? ¿Y cuánto es o, mejor dicho, ha sido eso?

Se lo dije, o más bien lo balbuceé. Ella se quitó el anillo del dedo, lo tiró al suelo y lo pisoteó.

—¡Miserable! ¡Gastarte semejante cantidad en una puta! ¡Y yo tan contenta con una mierda de anillo de plata que me regalaste!

—Bueno, tampoco hay que enfadarse —terció el maestro para poner más paz, si cabe—. Has de entender que aquella muchacha tenía grandes pechos y tu novio no está muy contento con los tuyos, que son como manzanitas.

Mi novia empezó a buscar alguna pistola que su padre hubiese olvidado por el recibidor. El maestro continuó imperterritito:

—Y como, según él, eres tan torpe e inexperta en la cama, tu novio ha pensado en la posibilidad de que tomes clases con esa puta. Aunque como ya se ha gastado todos sus ahorros, supongo que tendrás que sufragarte las lecciones tú misma. Tal vez sean caras, pero tómalas como una inversión, él cree que aunque te pagase el doble que a la puta tú no harías lo

mismo que ella. Sin embargo, yo pienso que es una buena oferta. ¿Qué le respondes?

Una figurita de porcelana voló directa hacia mi cabeza y solo gracias a mis reflejos de karateka de cinturón (casi) amarillo logré esquivarla. La siguieron objetos varios: dos paraguas, un bastón, un jarrón con algunas flores y ya no sé qué más, porque salí corriendo escaleras abajo, perseguido por las invectivas de quien había sido mi novia. ¡Qué variedad de vocabulario poseía! El diccionario secreto de Cela, a su lado, era como un misal censurado para que lo pudiesen leer los niños.

Nos subimos a mi coche, el maestro en el asiento del conductor, porque yo estaba tan alterado que le habría hecho una raya o incluso un bollo al ponerlo en marcha.

Una maceta de geranios se estrelló contra el capó, haciéndolo adoptar una forma similar a las esculturas de Chillida. La chapa de los Dyane 6 no está hecha para resistir el impacto de una maceta de geranios arrojada desde el balcón de un tercer piso. Un descuido imperdonable de unos ingenieros franceses por lo demás bastante cuidadosos. No sé cómo nunca habían pensado en prever eso.

Una segunda maceta, esta de petunias, rompió el parabrisas. Y, cuando ya nos íbamos, una tercera maceta, de pensamientos, atravesó la capota, pasando a solo unos dedos de mi cabeza.

El maestro puso en marcha el coche y partimos a toda velocidad, esquivando por poco un cuarto tiesto.

Yo me encontraba en estado de shock. En un solo día, me había quedado sin coche, sin novia y sin ahorros. Porque aquel trasto solo tenía de bueno la pintura y ahora... Y yo no tenía dinero para reparar los destrozos que las macetas habían provocado, sería más caro que comprar otro coche.

—Al final, fue mala suerte aparcar allí. Tenía usted razón.

—Yo no dije eso. Solo dije “buena suerte, mala suerte, quién sabe”.

—Me he quedado sin coche por haber aparcado allí. Eso es mala suerte.

—¿Quién sabe? Pero no te preocupes ahora de eso. Piensa en lo que has vivido y en el significado de los versos de

Antonio Machado. Solo en los versos, por favor. Luego ya llorarás por tu dinero, tu coche y tu novia. Ahora los versos.

No hablamos más. Llegamos a su casa y nos sentamos en el jardín. El jardín, con el estiércol amontonado en una esquina, olía fatal; pero nosotros, acostumbrados a su hedor durante todo el día, no lo notábamos.

Al cabo de un rato, llegué a la solución. Fue como si me desgarrasen las entrañas:

—Nunca debí haberle ofrecido dinero o trabajo por la enseñanza del camino.

—¡Por fin te has dado cuenta! Ya puedo empezar a enseñarte.

—Machado dice que vive de su trabajo. No de su poesía.

—Por eso no debe nada a nadie, es libre de escribir lo que su corazón le dicta. Puedes vivir de escribir novelas o, si eres un genio y tienes mucha suerte, incluso poesías. Pero si quieres guiar a alguien por el camino del despertar, sea mediante enseñanza personal, sea de cualquier otra manera, incluyendo la poesía, no puedes recibir nada a cambio. Ni dinero, ni servicios, ni sexo, ni siquiera adulación o respeto.

—¿Por qué?

—Podría citarte el ejemplo de Sócrates, según Jenofonte: “No recibía honorario alguno por sus lecciones. Pensaba que hacerse pagar por las conversaciones era hacerse esclavo, pues que ello impone la obligación de conversar con aquellos de quienes se recibe un salario.” Pero no es necesario acudir a la historia, ya que cuentas con tu propia experiencia: recuerda el olor a estiércol que llevas encima y cómo reaccionaron ante él una novia sincera y una prostituta.

—La prostituta fingió que yo olía bien, para no perder un cliente. Y mi novia, o más bien ex-novia, me dijo la verdad.

—Las prostitutas no pueden indisponerse con sus clientes, no pueden señalarles sus defectos. Alguien que huele mal nunca será consciente de su hedor si se limita a las mujeres de los prostíbulos; incluso pensará que las mujeres normales son raras por apartarse de él. Y un maestro espiritual que recibe algo a cambio de su enseñanza ve su naturaleza pervertida, del mismo modo que el oficio de la prostitución pervierte el

sexo de una mujer. Por eso los profesores de Yoga, de meditación, los...

—¡Un momento! ¿Está usted comparando a los profesores de Yoga y meditación con las prostitutas? —me escandalicé.

—No, me has entendido mal.

—Ah, bueno, por un momento...

—Porque las prostitutas y sus clientes son bastante más inteligentes que los profesores de espiritualidad y los suyos. Una prostituta sabe lo que da, y por qué lo da; y el cliente de una prostituta sabe lo que recibe y por qué lo recibe. Pocas prostitutas se enamoran de un cliente, y pocos clientes se enamoran de las prostitutas, aunque algún insensato habrá, para su desgracia. Pero los profesores de espiritualidad piensan que están enseñando espiritualidad, y sus clientes comprándola; y no se dan cuenta de que eso que venden y compran es a la verdadera espiritualidad lo que el sexo mercenario es al verdadero amor.

—Así es que los profesores de espiritualidad son como malas prostitutas... —concluí.

—No como malas prostitutas. Como prostitutas, simplemente. Existen buenas prostitutas que procuran darte lo que has pagado, que es placer junto con un simulacro de cariño; y malas prostitutas que hacen su trabajo de mala gana o que, si te descuidas, te roban la cartera. De la misma forma, hay profesores de espiritualidad que intentan sinceramente hacer el bien a sus alumnos, y otros que solo quieren sacarles lo que puedan. No dejan de ser prostitutas, pero de diferente catadura moral. Sin embargo, ni el más bienintencionado maestro espiritual “profesional” puede dar nada verdaderamente valioso si cobra algo, sea dinero, sean servicios, sea veneración.

—Pero los profesores de espiritualidad han de ganarse la vida de alguna manera —objeté.

—También las mujeres que elijen ser prostitutas. Mira, ese argumento no lo empleaste con tu novia. ¿Quieres volver donde ella y probar a ver si la convences?

—No, gracias. ¿Y lo de dar trabajo a cambio? Porque yo he movido estiércol y... un momento. Usted no necesitaba el

estiércol en el jardín, estaba bien donde se encontraba. Solo me pidió que lo trasladara para que me manchase.

—Pues sí, porque comprenderás que a nadie le apetece que el jardín de su casa apeste a estiércol. Mañana lo tendré que llevar a su sitio, que es el huerto donde estaba, y me mancharé como tú. Pero yo me ducharé luego, porque no necesito oler mal para aprender nada. O eso creo, al menos.

—El mensaje de los versos de Machado ahora está claro para mí —concluí.

—A esos profesores de espiritualidad les dice Machado: has de acudir a tu trabajo, para pagar con tu dinero el traje que te cubre, la mansión que habitas, el pan que te alimenta y el lecho donde yaces. Solo así serás libre. Y solo dando libremente, sin al cabo nada deber a nadie, puedes enseñar algo relacionado con el espíritu. Porque nadie puede entonces exigirte nada. Porque puedes decirle a alguien que huele fatal y que, o se ducha, o se larga. Porque, como tu novia, cuando te das cuenta de que tienes delante a un cretino egoísta, machista y pretencioso que te compara con una prostituta, puedes mandarlo a la mierda. Tu novia se ha enfadado y yo me he enfadado.

—Es cierto. He sido, y soy, un idiota. En las historias del Zen que he leído, es muy divertido cuando un sabio maestro humilla a un imbécil presuntuoso. Pero cuando tú eres ese imbécil presuntuoso, entonces no te ríes tanto. ¿Me presta dinero para volver a mi casa en autobús? Si me pilla la Guardia Civil sin parabrisas, me pondrá una multa y no puedo pagarla. Cuando consiga algo de dinero, llamaré una grúa para llevar mi coche al desguace. Gracias por lo que he aprendido y adiós. Aunque usted no cobre nada, sus enseñanzas cuestan mucho, porque te lo arrebatan todo. Lamento haberle hecho perder el tiempo.

Me levanté con tristeza. Pero antes de atravesar la cancela del jardín, el maestro me llamó:

—Recuerda que te dije que ser un cretino egoísta, machista y pretencioso no te impide seguir el camino del despertar. ¿Por qué te marchas, entonces?

—Porque usted ha dicho que un verdadero maestro espiritual te mandará a la mierda si, como yo, eres un cretín...

El maestro miró el montón de estiércol y no dijo nada.

Los nervios me traicionaron y no pude evitar reírme histéricamente, a pesar de mis desgracias. No podía parar. Cuando al fin me recuperé, le pregunté:

—Entonces, sigo siendo su discípulo, aunque me haya mandado a la mierda.

—Solo si tú quieres. Has pasado tu prueba iniciática. Si lo deseas, te mostraré cómo descifrar el Código Machado, y te acompañaré hasta el umbral del despertar.

—Pero, ¿habrá muchos días como el de hoy?

—¿Ya estamos poniendo condiciones, como si pagases algo? ¿Qué es lo que no has entendido, que lo repetimos?

—No, por favor —reulé prudentemente—. Quiero decir, que lo he entendido todo muy bien, gracias. Aceptaré lo que venga.

—Vendrán días calmos y días agitados, días luminosos y días oscuros. No puedo predecirlo. Pero lo que sí te puedo decir es que el día de hoy todavía no ha terminado. Aún es media tarde.

—Y en menos de un día lo he perdido todo...

—A ver si resumo cómo te sientes, con un poema de Machado:

*“Tan pobre me estoy quedando  
que ya ni siquiera estoy  
conmigo, ni sé si voy  
conmigo a solas viajando.”*

—¡Exacto! Así me siento. Pero hay que abandonarlo todo para alcanzar el despertar, ¿no es así?

—Hay que abandonarlo todo para alcanzar el despertar, es cierto. Ahora te sientes absolutamente pobre, pero eso no es real, solo es una falsa sensación. Todavía conservas tus bienes más preciados: tus creencias, tu ética, tu esperanza, tu alegría. Cuando también los pierdas, entonces te encontrarás cerca de comprender el Código Machado y, por tanto, del umbral del despertar. Pero aún falta mucho tiempo para que recites de verdad esos versos. Al fin y al cabo, ¿qué has perdido? Un dinero que ahora te parece mucho, pero que cuando seas



médico tal vez te gastes en un mes de vacaciones; un coche que te estaba esclavizando, aunque he de admitir que tenía un color de pintura bonito; y una novia. Mira, lo de la novia sí que me da pena, porque me caía bien la chica.

—¿Porque vio en su aura buenos sentimientos? ¿O porque leyó su karma?

—Porque le gustaba Machado. A ver si crees que los maestros vamos mirando el karma de la gente como si fuésemos viejas cotillas. Aparte, es una muchacha con mucho carácter, y me gusta la gente con carácter. ¡Qué buena puntería con los tiestos, verdad? Un poco más y te rompe la cabeza.

—Nunca me perdonará —suspiré tristemente—. Ahora, demasiado tarde, me doy cuenta de que la quiero, de que la quiero con toda mi alma y todo mi corazón, y que haría cualquier cosa por ella.

—Siempre y nunca son plazos de tiempo muy largos. Por ejemplo, suponiendo que existiese la transmigración de las almas, podrías encontrarla en otra vida y no cometer los errores que has cometido en esta.

—Me gustaría que ella me perdonase antes de morir, a ser posible, gracias —dije un tanto amoscado, porque volvía a detectar en el maestro ese tono de voz que indicaba que se estaba burlando de mí—. Como no creo que la vuelva a ver nunca más, me tendré conformar con lo que dice usted y encontrarla en otra vida para no cometer los errores que he cometido en esta.

Aunque por entonces aún creía en la reencarnación, después de un día de estiércol, putas, chulos que te quieren perforar la mejilla y macetas voladoras, aquellas teorías me resultaban un poco lejanas.

—Anda, dúchate y yo te dejaré ropa limpia, mientras meto en la lavadora la tuya. Y luego te enseñaré Shamata, la primera meditación del Buda. Porque todo empezó con que tú querías aprender a meditar, ¿no es cierto?

Era cierto, aunque ahora lo de la iluminación resultaba un poco abstracto y solo deseaba que nadie me rompiera un tiesto contra la cabeza. Pero el deseo es el origen del sufrimiento, dice Buda. O algo así. Sin embargo, desear que no te rompan

tiestos contra la cabeza tampoco es mucho desear, ¿no? Y tampoco es tan difícil de conseguir.

Tras ducharme y cambiarme de ropa, el maestro me enseñó la meditación Shamata:

—Cuando hace unos dos mil quinientos años inició su carrera espiritual, Gautama, que luego sería llamado el Buda, aprendió todas las técnicas meditativas de su tiempo. Por fin, tras muchos años de ascetismo, se sentó y juró que no se movería ni comería nada hasta alcanzar el despertar. De todas las técnicas que conocía, eligió una: Shamata.

Es muy simple. Basta sentarse y concentrarse en las sensaciones que produce el aire al pasar por el interior de la nariz al respirar con naturalidad. Así se observa el fluir de los pensamientos.

—¿Algún gesto o postura especial?

—Vas a estar sentado muchas horas, así es que más vale que te pongas cómodo. Nada más.

—Yo creía que la posición de las manos formando mudras era importante para la meditación —objeté.

—Pues si sabes tanto sobre meditación, me extraña que aún no seas un Buda. Déjate de manos, déjate de respiraciones extrañas, déjate de intentar visualizar cosas, déjate de cualquier añadido que enturbie la pureza de la meditación original. Solo Shamata, observar las sensaciones que produce el aire al pasar por la nariz cuando se respira con naturalidad.

Me senté debajo de un melocotonero y empecé a practicar Shamata. En cuanto me descuidaba, ya estaba pensando en mi novia, a la que nunca volvería a ver por culpa de mi estupidez. Y entonces tenía que volver a las sensaciones de mi nariz.

Por otra parte, ¿qué demonios significa respirar con naturalidad? Cuando me concentraba mucho, respiraba más despacio. Entonces intentaba respirar naturalmente. Pero al intentar respirar naturalmente, dejaba de respirar naturalmente.

Y además sentía una profunda tristeza en el pecho. Mi novia... Nunca más la vería.

Tenía que volver a Shamata, la primera meditación del Buda. Pero no había forma humana de que se calmase el agitado flujo de mis pensamientos.

Entonces, de pronto, sin previo aviso, se produjo el milagro. El flujo de mis pensamientos se detuvo por completo y todo dejó de preocuparme. Dejé de ser consciente de mi individualidad. Solo oscuridad. Solo nada. Una paz absoluta.

No era la iluminación. Mi maestro acababa de estrellarme un tiesto contra la cabeza y me había dejado inconsciente.

Cuando me desperté, estaba con la cabeza vendada, completamente desnudo y con cada mano y cada pie atado a sendas patas de la cama en la que yacía. El maestro me contemplaba divertido.

—¿Qué ha hecho?

—Pues darte con un tiesto en la cabeza. Sin tierra dentro, para no arriesgarme a rompértela, aunque parece tenerla bastante dura.

Me debatí intentando, infructuosamente, soltarme de mis ligaduras.

—Fíjate, y luego dicen que la meditación serena a la gente. Te veo de lo más agitado —señaló el maestro.

Era inútil luchar contra esos nudos.

—¿Por qué me ha pegado con el tiesto en la cabeza? —pregunté, ya que no podía hacer otra cosa.

Él me respondió con otra pregunta:

—¿Has experimentado el vacío?

—¡Claro que lo he experimentado! ¡Como cualquiera a quien le den en la cabeza con un tiesto! ¡Pero eso no es nada espiritual!

—No te ha enriquecido mucho, por lo que veo.

—¡Qué idiotéz! Quedarse inconsciente por un golpe no sirve para nada.

—Intentar parar los pensamientos no es la misión de Shamata. Primero, porque no se puede hacer salvo empleando la violencia, sea física como ahora o sea mediante técnicas mentales bastante agresivas, de peores efectos que un tiesto contra la cabeza. Y segundo porque, como bien dices, buscar la inconsciencia para ser una piedra o, como mucho, un árbol, no es un objetivo espiritual. Si fuera así, admiraríamos a los borrachos que pierden la consciencia a base de alcohol.

»La misión de Shamata no es apaciguar los pensamientos, sino ser capaz de convertirse en un observador consciente de los propios pensamientos. Pero la mayoría de la gente lo entiende mal e intenta pararlos, cosa que es casi imposible y, además, inútil y contraproducente.

—Muy bien, lo de dejarme inconsciente era una lección sobre meditación —admití, arrepintiéndome de haberme quejado cuando en Barcelona me habían pegado con un bastón Zen. Bastones Zen... ¡una tontería comparados con los tuestos de mi maestro!—. ¿Y lo de quitarme mi ropa?

—¿Cómo que tu ropa? Es mi ropa. Si es que prestas cosas a la gente y enseguida se creen que son tuyas. ¿O quizás no pensabas devolvérmela?

—¡Está bien, la ropa es suya! ¿Y lo de atarme a la cama? ¿Qué significado espiritual tiene atarme a la cama?

Forcejeé un poco más contra aquellas ataduras, pero no había forma de soltarse. Mi maestro había sido boy-scout o algo parecido, porque sabía hacer nudos. Interiormente, maldije a mi maestro y a los boy-scouts.

—Es que no tiene ningún significado espiritual. Te he atado así para intentar reconciliarte con tu novia —respondió el maestro.

—Eso es imposible, nunca me perdonará. La conozco y sé que no me perdonará.

—Veremos. Por el momento, solo necesito que grites su nombre, bien fuerte.

—Maestro, ¡que estamos muy lejos de ella! ¿Qué voy a conseguir llamándola?

—Ya sé dónde estamos. Es mi casa ¿recuerdas? y la conozco bien. Si quieres facilitarme la tarea de lograr su perdón, grita su nombre.

Grité su nombre hasta quedarme afónico, pero por supuesto no sucedió nada.

—¿Ve? Es inútil. Es todo inútil. Nunca volveré a verla —me rendí, con un nudo de tristeza en la garganta.

—Qué manía con lo del “nunca”. Quédate aquí atado un ratito, que voy a realizar unas gestiones.

—¿Me abandona aquí atado? ¡No se vaya! ¡Vuelva! ¡No me deje así!

Oí la voz de mi maestro que me decía, a lo lejos:

—¡Si no sabes qué hacer, prueba a practicar Shamata mientras tanto, a ver si consigues observar el flujo de tus pensamientos!

Por primera vez en mi vida, odié la meditación y la madre que la... En fin, que odié la meditación. Prueben ustedes a meditar desnudos y atados de pies y manos por alguien que se hace llamar maestro espiritual pero que, en realidad, es un psicópata que hace que te quedes sin dinero, sin coche y sin novia, y después te estrella un tiesto en la cabeza. Luego me cuentan.

El maestro, tomó su coche y se dirigió al domicilio de mi novia. Ella le abrió la puerta.

—¡Si viene de parte de ese ..... (rellénesse la línea de puntos con expresiones impropias de una muchacha, pero que puede aprender si presta atención a cómo habla un padre de la Legión cuando se enfada), pierde el tiempo! ¡No pienso perdonarle!

—No vengo de su parte, tranquila. Es más, me rogó que no me fuese de su lado. Solo venía a comentarte que a mí también me ha indignado oír las cosas que ese idiota ha dicho de ti. Verdaderamente, se merecía un buen correctivo. Tu enojo está más que justificado.

—Ah, creía que venía a intentar que le perdonase. Nunca lo perdonaré. Nadie con dignidad perdonaría lo que ha hecho ese.....

—Tienes toda la razón del mundo. Yo solo le dije que era un cretino egoísta, machista y pretencioso, pero tú eres mucho más expresiva.

—Es que usted es un profesor de Literatura y posee un vocabulario muy fino.

Nada une más a dos personas como hablar mal de una tercera, y mi novia experimentaba una gran simpatía hacia mi maestro. Después de un rato echándose flores mutuamente, tratando de decidir quién me criticaba mejor, el maestro dijo:

—Yo también le habría dado con un tiesto en la cabeza si me hubiese comparado con una prostituta. Lo entiendo perfectamente.

—¡Oh, no! Usted no lo haría —protestó mi novia—. Se le ve tan calmado, tan sereno...

—A veces las apariencias engañan. Pero estoy totalmente seguro de que si él me comparase de alguna forma con una prostituta, yo le daría con un tiesto en la cabeza. Aparte de hacerle muchas otras cosas, claro.

Aquí mi novia sugirió algunas otras cosas que podían hacerme. Desde luego, no se podía negar que era una muchacha que aprovechaba muy bien las enseñanzas paternas, pues además de un extenso vocabulario, había aprendido de su padre las torturas que los rifeños infligían a los legionarios españoles cuando los capturaban. Y terminó:

—... y no le habré dado con un tiesto en la cabeza, pero el coche se lo he dejado para el desguace. Esa porquería de coche de mierda, lo quería más que a mí.

El maestro carraspeó:

—El coche, en efecto, ha quedado destrozado. Y si hubiese tenido un techo metálico, como sería lo normal, yo no estaría aquí. Pero tiene un techo descapotable. ¡Hace falta ser tonto para comprarse un descapotable! Cuanto más lo pienso, más merecido me parece el tiestazo que se ha llevado.

—¿No le habrá dado en la cabeza el tiesto que perforó la capota? —se preocupó mi novia, súbitamente desinteresada en comentar lo tonto que era yo.

—Verás, no sé cómo decirlo. Un tiesto lleno de tierra arrojado desde un tercer piso puede romperle la cabeza a cualquiera, aunque la tenga tan dura como él. Incluso matarlo... Te lo voy a contar, para qué seguir aplazándolo: está en mi cama, postrado en ella por culpa de un golpe de tiesto y no puede moverse en absoluto. Para ser exactos, algo sí se mueve, se debate desesperadamente, pero no consigue levantarse. Y dudo de que lo consiga alguna vez por sí mismo, sin alguna ayuda.

—¡Dios mío! Yo... yo no quería. ¿Por qué no lo ha llevado al hospital?

—¿Y qué iba a decir en el hospital? Oigan, traigo a este joven porque alguien le ha dado con un tiesto. Llamarían a la policía, que haría preguntas embarazosas.

—¡La policía!

—No te preocupes, les diría que he sido yo quien le he dado con un tiesto en la cabeza. Claro que todos los vecinos te han visto tirar los tiestos, aparte de oír la bronca, y los daños del coche serían responsabilidad tuya. Eso no puede evitarse.

—Gracias, pero no tiene por qué mentir por salvarme de la cárcel. Además, ¿por qué habría de darle usted con un tiesto en la cabeza?

—No me gusta mentir... Diría que le he pegado con el tiesto por lo mismo que tú habrías hecho, por ser un cretino egoísta y etcétera, y por compararme con una prostituta.

—La policía nunca se lo creería, no tiene ningún sentido. Y aún tiene más mérito que mienta por mí, si no le gusta mentir. Gracias —le dijo, abrazándolo.

—De nada. Literalmente. ¡Qué pena, era un chico que prometía! ¡Se os veía tan buena pareja! ¡Y ha tenido que meter la pata de esta manera!

—¿A gastarse todo su dinero con una puta y luego compararme con ella le llama usted “meter la pata”? Porque él dijo todo lo que usted contó que dijo, ¿verdad?

—En efecto. Pero aunque no tenga excusa alguna, he de contarte también que por fin se ha dado cuenta de todo lo malo que ha hecho, y de que tú eras lo único que tenía que valiese la pena. Ya no le importan nada sus ahorros, ni haber perdido su coche. Sus palabras, concretamente, fueron: “Nunca me perdonaré. Ahora, demasiado tarde, me doy cuenta de que la quiero, de que la quiero con toda mi alma y todo mi corazón, y que haría cualquier cosa por ella.”

—Humm... Demasiado tarde, en efecto.

—También dijo algo así como que quería obtener tu perdón antes de morir, y que si esto no era posible, esperaba encontrarte en otra vida futura para no repetir en ella sus errores.

—¡Qué bonito! —se enterneció mi novia—. La verdad es que una se compadecería de él, si no hubiese hecho y dicho cosas tan terribles.

—Es cierto que inspiraba compasión, allí tendido en mi cama, con la cabeza vendada, intentando levantarse sin conseguirlo y gritando tu nombre.

—¿Gritaba mi nombre?

—Sí, gritaba tu nombre, llamándote con desesperación. Una y otra vez, hasta que comprendió que era un esfuerzo estéril y sollozó: —“Es inútil. Es todo inútil. Nunca volveré a verla.”

—A punto de morir y solo piensa en mí... Nadie me querrá tanto nunca.

—Charlar contigo es muy agradable, pero no sé cuánto más resistirá tu novio porque está en una situación un tanto... delicada, podríamos decir. Tengo que volver a mi casa, pues me necesita. La cuestión es si tú perdonas sus estupideces y le das otra oportunidad, o no.

—Tengo que pensármelo un poco.

—Es que está solo y me preocupa su bienestar.

—¿Que lo ha dejado solo después de sufrir semejante golpe en la cabeza?

—No podía llevarlo al hospital, no podía llamar a la policía y no había nadie de confianza cerca. Él deseaba tu perdón más que cualquier cuidado físico, así es que lo ató a la cama y...

—¿Que además lo ha dejado atado a la cama?

—Claro, estaba todo agitado y podía hacer cualquier tontería. Él trataba de calmar sus pensamientos: inútil. Mejor dicho, se le calmaron durante unos instantes en los que cayó inconsciente, pero luego volvió a agitarse todavía más. Así, dejándolo atado a la cama, evito que haga más estupideces y sé que cuando vuelva seguirá estando donde lo dejé.

—¡Es usted un salvaje! —se enojó mi novia— ¡Abandonar a un moribundo solo y atado! ¡Lléveme a su casa ahora mismo!

El maestro accedió a traerla a mi lado, absteniéndose de señalar que era un poco contradictorio llamar a alguien salvaje, cuando cinco minutos antes habías propuesto abrir en canal a tu novio y luego prender una hoguera en su abdomen aprovechando la grasa que rodea los intestinos.

Ya en el coche, mi novia preguntó:



—¿Tengo los pechos pequeños? Nunca los tendré tan grandes como otras. Y si a mi novio no le gustan...

—Querida, para los hombres, los pechos de las mujeres son como los coches: puede que miren algún otro por la calle, pero siempre disfrutan el que tienen en casa.

—Es culpa mía, por ser tan pasiva en la cama. Si no lo hubiera sido, él no habría buscado una puta por ahí, ni se habría acostado con la perra de mi amiga.

—Él es el responsable de sus actos y de sus pensamientos, aunque en el caso de la puta, por lo menos, tal vez exista alguna circunstancia atenuante que algún día, cuando todo esto haya pasado, podrás considerar. No te culpes de lo que hace otro, porque culparse a sí mismo de las decisiones ajenas no es el camino del perdón. El perdón pasa por comprender al otro y darse cuenta de que, como humanos que somos, también nosotros podemos caer en las mismas debilidades que nos irritan. “Homo sum, humani nihil a me alienum puto”, o sea, “humano soy y nada de lo humano me es ajeno”, como escribió Terencio y citó Unamuno en el inicio de su libro “*Del sentimiento trágico de la vida*”.

—Yo nunca haré nada parecido, ni le seré infiel —afirmó mi novia, segura de sí misma.

—Nunca es un tiempo muy largo.

—Y si le perdonase, ¿él me juraría que nunca volverá a ir con prostitutas?

—Si le perdonas, te jurará lo que le pidas, porque te ama. Pero te recomendaría que le pidieses que *intentara* no volver a ir con prostitutas. Hacer un juramento como el que propones resulta algo temerario.

—No me es suficiente con que lo intente. Tengo que estar segura, ¿lo entiende?

—Lo entiendo. Sin embargo, tal juramento no es prudente. ¿Sabes lo que es la *hybris*?

—El orgullo de los hombres que los lleva a desafiar a los dioses, creyéndose igual que ellos.

—Y la *hybris* es castigada. No somos dioses, somos humanos. No podemos jurar que nunca haremos algo, solo que haremos todo lo posible por no hacerlo.

—No estamos en la época de los griegos y yo necesito saber que nunca más irá con prostitutas para perdonarlo.

—Sea, pues.

—Pero aunque él me jure fidelidad, seguiré sintiéndome torpe e inexperta, como él dijo. Porque es cierto: soy torpe e inexperta.

—Querida, para el sexo no hace falta gran experiencia, sino dejar fluir libremente tu propia naturaleza y tu propio deseo. Todo lo demás es secundario, se puede aprender en un libro.

En esto, llegaron a la casa donde yo yacía atado e impotente. Impotente en el buen sentido de la palabra, no vayamos a pensar que...

—Ve tú primera, una reconciliación necesita de cierta intimidad; yo me daré un paseo por ahí. Cuando abráis la ventana, sabré que habréis terminado de perdonaros.

Mi novia entró en la habitación donde yo yacía desnudo y atado boca arriba. Me abrazó y luego quitó la venda que cubría la herida de mi cabeza. Acostumbrada a las cicatrices que los rojos habían hecho a su padre durante la Guerra Civil, la valoró en su justa medida.

—¡Gracias a Dios, no es grave! ¡Estaba tan preocupada! Te hice tanto daño al tirarte el tiesto a la cabeza...

—Yo... lo siento. Lo siento mucho, de verdad. Me arrepiento tanto... ¿Me perdonas? —me di cuenta de que ella creía que mi golpe había sido producido por su maceta, y no por la del maestro. No vi necesidad de sacarla de su error, por el momento. Luego, cuando el amor entre nosotros volviera a consolidarse, se lo explicaría todo desde el principio.

—Solo si me juras que nunca te acostarás con otra mujer y, sobre todo, que nunca más volverás a utilizar a una prostituta.

—Te lo juro. Te lo juro mil veces. ¿Me perdonas?

—Te perdono —dijo, dándome un beso en los labios.

Entonces comprendí que aparcar mi coche bajo el balcón de mi novia había sido, al final, buena suerte. Gracias a eso, ella me había tirado las macetas, y por eso me había perdonado y había vuelto conmigo, a pesar de todas mis estupide-

ces. Buena suerte, como nunca había tenido en mi vida: había cambiado un coche que me estaba arruinando por el amor de la mujer más maravillosa del mundo. Si eso no era buena suerte, ¿qué lo era?

—Ahora, desátame, por favor, no aguanto ni un minuto más.

Ella empezó a desatarme. Pero los nudos estaban muy apretados, debido a todo lo que me había debatido contra ellos, y no podía aflojarlos.

—Encima de esa cómoda hay unas tijeras. Corta las cuerdas con ellas —sugerí.

Ella se acercó a la cómoda. Junto a las tijeras, había una fusta de montar a caballo. El maestro era bastante aficionado a la equitación y debía de haberla olvidado allí.

—¿A qué esperas? —protesté— Corta las cuerdas ya, por favor.

Ella me miró de forma un tanto extraña y no cogió las tijeras. Se empezó a desnudar lenta, muy lentamente.

—Por favor, hoy no quiero eso, mañana tendremos todo lo que quieras pero hoy no puedo más —supliqué, omitiendo prudentemente el hecho de que aquel día ya me había acostado con la puta y que no deseaba más sexo.

Ella no me contestó. Cuando estuvo desnuda, se calzó unas botas de montar que el maestro había dejado en un rincón. Unas botas de media caña, de cuero negro y brillante, con unas afiladas espuelas metálicas. Le venían grandes, pero no le importaba, porque no iba a andar mucho con ellas. Ni a montar tampoco. A montar a caballo, quiero decir.

—Has sido un niño muy muy malo, que ha dicho y hecho unas cosas muy muy malas hoy. Y te tengo que castigar. Ya sabes, es el karma —se acercó a mí, desnuda y dando pequeños golpecitos con la fusta contra la caña de la bota.

—Pero, pero...

Me propinó un fustazo en la suave piel del interior del muslo. Fue como un calambre de fuego, dolorosísimo. Y siguió otro, y otro, a pesar de mis súplicas y de que le pedía perdón por mis errores insistentemente.

A lo mejor lo del coche había sido mala suerte, después de todo.

Cuando ya empezaba a desesperarme, ella dejó la fusta y lamió la piel irritada, produciéndome un escalofrío como nunca había experimentado antes. El placer era insoportable y me produjo una erección sorprendentemente vigorosa, mucho más fuerte que con la prostituta.

Sumergido en sensaciones desconocidas, aún pude pensar, con el resto de conciencia que me quedaba, que lo del coche había sido buena suerte, sin duda. Y lo pensé hasta que otra vez empleó la fusta, y entonces cambié de opinión: había sido mala suerte. Pero cuando volvió a lamer donde la fusta me había pegado, pensé de nuevo que había sido buena suerte. ¡Ay, no, qué daño, mala suerte! ¡Uy, qué gusto, buena suerte!

El último pensamiento que recuerdo antes de disolverme en una inconsciencia de placer y de dolor, fue: Buena suerte, mala suerte... ¿quién sabe?

### *Código Machado. Clave 3. Conocimiento.*

*Las más bondas palabras  
del sabio nos enseñan  
lo que el silbar del viento cuando sopla  
o el sonar de las aguas cuando ruedan.*

\* \* \*

*Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra, paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿Cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esa maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?*



### CAPÍTULO III

Después de los hechos narrados en el capítulo anterior, saqué la conclusión de que no podía estar muy seguro de si mi maestro era un maestro Zen, un travieso profesor de Literatura devoto de Antonio Machado o un bromista con un sentido del humor muy peculiar; pero desde luego había que tener mucho cuidado al interpretar lo que me dijese. Con él, en vez de un guardaespaldas, necesitaba llevar un filólogo, un lingüista y un gramático, para que analizaran el sentido de sus frases y, una vez de acuerdo los tres, me revelasen cuál era su significado real. Eso, suponiendo que consiguiesen ponerse de acuerdo, que es mucho suponer. Y el guardaespaldas, ahora que lo pienso, tampoco sobraría.

Porque si acudes a alguien para aprender meditación y acabas, no se sabe muy bien cómo, atado a una cama sometido a una sesión de sadomasoquismo, es comprensible que albergues ciertas sospechas acerca de tu maestro.

Era inútil preguntarle si era un bromista o un maestro Zen, porque me habría sacado a colación a Bertrand Russell y el metalenguaje, y no me habría respondido. Tendría que comerme sus naranjas; pero llevaría mucho cuidado: pensaba comérmelas con cuchillo y tenedor, para no mancharme las manos.

A partir de aquel momento, no me creería nada de lo que me dijera y analizaría cada una de sus frases buscando un doble sentido. El escepticismo sobre el significado del lenguaje era una de las consecuencias de las enseñanzas de aquel día nefasto. Otra de las consecuencias, una cicatriz encima de la ceja izquierda, me duraría bastantes años antes de desvanecerse poco a poco. Y hasta el día de hoy llevo la cartera atada a una trabilla del cinturón, porque pensar en perderla me desata ataques de ansiedad: me acuerdo de aquel tipo patibulario acariciándome la mejilla con su navaja.

Con mi recién estrenado escepticismo, analicé eso de la meditación Shamata, la primera meditación del Buda. A lo

mejor se la había inventado mi maestro y no existía ni siquiera una meditación con tal nombre. A finales de los años setenta no era tan fácil como ahora conseguir información acerca de algo. Teníamos en casa la enciclopedia Espasa, la clásica de siempre (la enciclopedia Larousse no era ilegal, pero que estuviese en tu biblioteca te clasificaba como rojillo; la enciclopedia Británica era muy rara de ver, sobre todo porque en los institutos y colegios se estudiaba francés y, a diferencia de la actualidad, cuando todo los españoles tienen un nivel, ejem, medio, entonces casi nadie sabía inglés). Lamentablemente, la enciclopedia Espasa mostraba muy poco entusiasmo al describir las meditaciones budistas.

En cambio, en las librerías había multitud de libros acerca de la meditación Zen, que estaba muy de moda. Rápidamente ojeados (porque aquella simpática prostituta se había quedado con todo mi dinero y no estaba yo para gastos inútiles), me di cuenta de que no mencionaban Shamata para nada. Después de mucho buscar por todas las librerías de mi ciudad, solo encontré un par de libros sobre budismo tradicional que mencionaban Shamata.

Los robé discretamente (me lo gasté todo con la prostituta, ¿se acuerdan?) y los consulté con avidez. Ya sé, ya sé que robar libros no está bien, pero consideré que avanzar en el camino de la iluminación lo justificaba todo. Puesto que yo mezclaba taoísmo, hinduismo, budismo tradicional y budismo Zen, ¿por qué no añadir unas gotitas de Maquiavelo? Quizás luego el karma me castigaría en otra vida, pero, me dije, al menos en el budismo no cortan las manos a los ladrones.

Comprobé que mi maestro no se había inventado el nombre, lo cual era algo. Pero la descripción de lo que es la meditación Shamata no coincidía exactamente con lo que me había enseñado él. Decían aquellos libros que la meditación Shamata podía realizarse de distintas maneras. Una se practicaba siendo consciente de la respiración, lo cual encajaba más o menos con lo que yo hacía, pero otras variantes de Shamata me resultaban más atractivas. Una de ellas consistía en contemplar la llama de una vela, y otra en sentir el amor universal. Las probé y lo cierto es que mirar la llama durante largo



rato serenaba mi mente mucho más que el prosaico fijarse en las sensaciones que produce la respiración al pasar por la nariz. Y cuando meditaba sintiendo amor universal hacia todos los seres, como nos enseñó Buda, luego me sentía muy bien.

Me costó un par de meses decirle a mi maestro que, con todo mi respeto y veneración hacia sus enseñanzas, tal vez sería mejor para mí practicar otros métodos de Shamata más acordes con mi naturaleza. ¿Acaso no era cierto que todos los caminos son igual de válidos para alcanzar la iluminación? Había comprobado que contemplar la llama de una vela tranquilizaba mi espíritu y meditar dejándome inundar del amor al Universo, como hacía Buda, me llenaba de paz y compasión, lo cual era muy agradable. Y que conste que ya sé que Shamata no significa detener los pensamientos ni extinguir la propia conciencia, añadí apresuradamente al sentir latir la reciente cicatriz del tiesto sobre mi ceja izquierda.

—Ya has leído algún libro sobre el budismo —suspiró mi maestro, dejando a un lado la azada con la que escardaba las malas hierbas de su jardín y sentándose después a la sombra de un árbol—. Pensé que si te dejaba sin dinero evitaríamos esto. En fin, vayamos por partes. ¿Crees que Shamata, la primera meditación del Buda, consiste en contemplar la llama de una vela?

—¿Por qué no? —me senté junto a él después de un largo silencio en el que analicé detenidamente las palabras de mi maestro. Niveles de análisis de un texto. Análisis pragmático: emisor, mi maestro; propósito, informar (aunque con él nunca se puede estar seguro si su propósito no será tomarte el pelo). Análisis semántico: Tema general, la meditación; idea principal, preguntar si Shamata consiste en contemplar la llama de una vela... Análisis estructural: Introducción, cuerpo y cierre. Análisis lingüístico: nivel fonético, morfológico, sintáctico y semántico. En los niveles sintáctico y semántico procuré fijarme especialmente en posibles discordancias o ambigüedades. Todo correcto.

Cuando estudia un texto, ningún lingüista comprueba que no haya cerca tiestos, azadas, ni nada que pueda ser utilizado como arma ofensiva por un psicópata, pero es que

ningún lingüista, ni siquiera Chomsky, se las ha tenido que ver con alguien como mi maestro.

Resultaba un procedimiento un poco engorroso, pero yo estaba firmemente decidido a evitar que mi maestro volviera a burlarse de mí.

—Sí. ¿Por qué no? —contesté a los cinco minutos.

—Porque Gautama, el que luego sería llamado el Buda, era un asceta. Un asceta muy pobre que vivía de las limosnas.

Me permití el lujo de responder sin realizar un análisis lingüístico del texto, porque parecía inofensivo.

—Sí, claro.

—Y en aquella época alguien pobre no podía permitirse el lujo de mantener encendida una vela mucho tiempo, la cera era carísima. Algo más barata habría sido una lamparilla de aceite, pero aún así seguiría siendo inalcanzable para él. Así pues, Shamata, la primera meditación del Buda, no puede consistir en contemplar la llama de una vela por la simple razón de que Gautama no tenía dinero para pagarla.

A ver... Análisis pragmático: emisor, mi maestro; propósito... tiene que ser una broma.

—¿Está empleando una argumentación económica para demostrar algo espiritual? —me asomé.

—La economía tiene una gran importancia en muchos aspectos de la vida humana, ¿por qué no en la espiritual? En mi primera enseñanza ya te demostré lo importante que era, ¿te acuerdas?

Iba a acordarme toda la vida. Pero aquí se escondía algún sofisma que yo no podía encontrar. Decidí memorizar la conversación para luego analizarla despacio en mi casa. De todas formas, el tono de mi maestro parecía demostrar que se estaba divirtiendo. Y el único objeto posible de su diversión era yo.

—Lo de no pagar por la enseñanza es una cosa y lo de comprar velas es otra muy distinta —este argumento era bastante débil, pero no supe encontrar nada mejor a lo que aferrarme—. Me niego a mezclar el dinero con la espiritualidad.

El maestro se encogió de hombros.

—¿Aceptarías mezclar la justicia?

Me lo pensé durante un rato. Emisor, mi maestro; propósito... ¡Al cuerno con la lingüística! El camino de la iluminación ha de ser justo, por fuerza.

—Sí, la justicia sí.

—Entonces, admitirás que la justicia, cuando se habla del camino del despertar, implica que todas las personas han de tener iguales oportunidades de alcanzar el despertar, independientemente de su condición. ¿O es más fácil alcanzar el despertar para un rico?

—¡Ni hablar! En todo caso, al contrario, porque un rico está más apegado a sus bienes y el apego es un obstáculo que...

—Pero un rico puede pagarse todas las velas que quiera, y un pobre no —me interrumpió.

Volví a quedarme boquiabierto. No sabía responder.

—Alcanzar el despertar no puede depender de que poseas o no poseas algo material—resumió mi maestro, por si no me había quedado claro—. Ni siquiera poseer algo tan insignificante como una vela. Los muy pobres no pueden comprarse velas; los ricos, sí.

Cuando por fin conseguí hablar, me atropellé:

—Todo lo que me dice es lógico, lógico, lógico. Pero la meditación no está sometida a las leyes de la lógica. En los libros sobre el Zen, los maestros nunca emplean la lógica, sino que van más allá de ella, a la intuición, al corazón.

—¡Ah, ya veo lo que deseas! —exclamó mi maestro, levantándose y entrando en su casa— Quédate un poco aquí en el jardín, meditando, y cuando te llame entras en mi casa.

Me senté a meditar, pero con los ojos entrecerrados. Por lo de los tiestos, ¿saben? En un jardín suele haber tiestos. A los pocos minutos, mi maestro me llamó:

—Querido discípulo, ya puedes entrar.

Abrí la puerta empujándola con el mango de una azada, por si caía algo de arriba. La habitación estaba en penumbra, y me agazapé dispuesto a saltar a un lado a la menor señal de peligro.

Entonces se encendió una cerilla y mi maestro prendió una vela. En un altarcito, había una estatuilla de Buda, con

algunas varillas de incienso ardiendo ante él. Mi maestro, descalzo, se había envuelto en un visillo como si fuese una túnica.

—Ya perdonarás el color, pero no tengo visillos de color azafrán. ¿Te haces idea de que estamos en el monasterio de Sao Lin?

Afirmé con la cabeza. Aquello era una parodia. Ahora sí que estaba seguro de que se estaba riendo de mí.

—Pequeño saltamontes, ¿tienes alguna pregunta que hacerme? —me dijo en tono amable pero solemne.

Yo no contesté, claro.

—(Pregunta lo de Shamata y lo de la vela, hombre, no me estropees la representación, que me ha costado mucho montar el escenario.)

—Maestro, ¿contemplar la llama de una vela puede ser Shamata, la primera meditación del Buda?

—Dime, pequeño saltamontes, ¿para qué quieres practicar Shamata, la primera meditación del Buda?

—Para, como él, alcanzar la iluminación.

—Y, pequeño saltamontes, ¿crees que la iluminación la encontrarás dentro de ti o fuera de ti?

—Dentro de mí, maestro.

—Entonces, pequeño saltamontes, ¿por qué la buscas fuera de ti? —concluyó con una sonrisa. Al no obtener respuesta, apagó la vela.

Al menos, aquella vez no había sido golpeado, atado ni nada parecido, aunque días después el maestro me confesó que había tenido que contenerse para no darme una patada en el culo en la oscuridad, por leer libros escritos por gente que no tenía ni idea de meditación. Pero como ni en los libros sobre Zen ni en las películas místicas los maestros les pegan patadas en el culo a los discípulos torpes, se había contenido para no estropear el momento.

Una vez en mi casa, analicé la conversación. Concluí que el problema estribaba en que el análisis de textos fallaba desde el segundo paso del análisis pragmático, pues yo era incapaz de precisar el propósito de mi maestro, si él buscaba enseñarme o burlarse de mí. Incluso fallaba el primer paso,

definir el emisor: ¿Un sorprendente maestro espiritual? ¿Un profesor de Literatura que aprovechaba mi tendencia al misticismo oriental para inculcarme el amor a la poesía de Antonio Machado? ¿Un simple socarrón que se burlaba de mí solo por divertirse? ¿O dos de esas cosas a la vez? ¿O las tres al mismo tiempo?

Y así, claro, todos los demás pasos fallaban desde los comienzos.

Pongamos por caso el teatro que mi maestro había organizado con lo de la vela, cubriéndose con el visillo, encendiendo incienso y todo eso. Había empezado como una burla; sin embargo, luego había parecido algo muy profundo. ¿Pero y si esta profundidad solo era apariencia y encubría una burla aún más sofisticada? ¿Y si esta burla aún más sofisticada encubría una realidad mística superior?

Era como para volverse loco. Igual que Bertrand Russell había descubierto el metalenguaje (los distintos niveles del lenguaje), mi maestro parecía utilizar lo que podríamos llamar “metahumor”. Una burla encubría una burla sobre sí misma, de lo que resultaba algo serio, lo cual tal vez encubriese otra nueva burla de nivel superior que a su vez quizá encubriese algo serio... O decía algo serio que encubría una burla que encubría algo serio que encubría una burla... Para volverse loco. El problema estribaba en que yo no sabía cuántos niveles de metahumor empleaba él, y así no podía concluir si el resultado final era burla o serio.

Sin embargo, en la tranquilidad de mi casa me di cuenta de dos detalles que en su momento me habían pasado desapercibidos. El primero, que mi maestro no había citado a Antonio Machado. Eso podía significar algo. El segundo, que había respondido a mi duda acerca de contemplar una llama, pero no había dicho nada sobre sentir amor universal mientras meditas. Ese silencio era por tanto un permiso implícito para practicar esta meditación. Y así lo hice, alternando el experimentar amor universal con el más simple, prosaico y sobre todo aburrido sentir el paso del aire por la nariz cuando se respira de forma natural. ¡Si al menos se hiciese algún ejercicio respiratorio tipo Pranayama! Pero no. Inspira.

Espira. Inspira. Espira. Si prueban a hacerlo durante media hora, comprobarán que es algo capaz de aburrir a un mejillón. Si al menos pudieses introducir alguna variación como inspira-inspira-espira-espira. Pero no, después de cada inspira tiene que ir un puñetero espira, y después de cada espira un estúpido inspira.

Había veces que sospechaba que aquello era una tomadura de pelo. Sin embargo, yo perseveraba porque en mis libros se decía que Shamata aumenta la capacidad de concentración. Algo muy lógico, pues si eres capaz de estar sentado durante pongamos una hora sintiendo el aire pasar por la nariz, luego serás capaz de concentrarte en cualquier cosa. Vamos, que después de una hora de sentir el aire pasar por la nariz, hacer calceta parece, en comparación, tan emocionante como conducir un coche fórmula uno.

En nuestra siguiente entrevista en el jardín de su casa, le comuniqué mis conclusiones:

—Maestro, ¿por qué cuando hablamos sobre meditar acerca de la llama no citó usted a Antonio Machado?

—Pues porque Machado no escribió ningún poema sobre contemplar una llama. Ninguno con significado espiritual, al menos. Machado no podía escribir sobre todo lo que NO funciona. Si, por ejemplo, tú vinieras diciéndome que se puede alcanzar el despertar cagando debajo de los pinos, no deberías extrañarte de que Machado no escribiera acerca de cagar debajo de los pinos.

»Además, probablemente Machado no practicase la meditación budista, aunque sí conocía su filosofía. Lo de la meditación budista es algo que tú deseas y yo te doy; pero para comprender el Código Machado no es algo esencial, en este camino que te lleva al umbral del despertar lo esencial es la poesía. En cambio, en el camino del despertar de Gautama el Buda, la meditación es básica. Aunque me pediste seguir el camino de Machado, sé que en el fondo de tu corazón deseas seguir el otro, y yo te lo enseño, porque no son incompatibles y te doy lo que quieres de verdad.

—También observé que la última vez no me dijo nada acerca de si Shamata podía consistir en sentir el amor universal.

Supongo que este silencio implica que estoy en lo cierto. Y me alegro, porque es mucho más satisfactorio que sentir el aire entrar y salir por la nariz. Me levanto con una gran paz interior, amando a todo el mundo. Es muy agradable.

—De ninguna manera mi silencio supuso una aprobación para semejante disparate. Es que necesitaba tiempo para pensar un buen ejercicio práctico con el que comprobarlo por ti mismo. Y será muy agradable, no sé si tanto como lo de amar a todo el mundo, pero bastante agradable en todo caso. Verás, te haces una paja y...

—¿¿¿Cómo???

El maestro suspiró resignado ante mi estupidez.

—Supongo que sabrás hacerte una paja y no tendré que enseñarte a hacértela. La masturbación es bastante habitual, no hace falta haber estudiado el Kama Sutra para saber cómo se practica. He tenido discípulos torpes, pero tanto como para eso...

—No, claro que sé hacérmela. Pero es que... bueno, nunca he leído acerca de ninguna enseñanza espiritual como esta.

—Si sigues conmigo, vivirás muchas cosas que nunca has leído. En fin, ¿te harás una paja o no?

La masturbación como forma de comprender la meditación de Buda. Si ustedes han leído alguna vez algo parecido en algún libro, me mandan la referencia, por favor.

—Sí, de acuerdo. ¿Aquí mismo?

—No, hombre, aquí no. Donde generalmente te masturbas: en la ducha, en el váter, en la cama... Y mientras te la haces, te imaginas que estás con tu novia. Al día siguiente, pillas a tu novia, te la llevas a un lugar tranquilo y... ¿qué te sucede? ¿Por qué esa cara?

Verán, no les he dicho nada a ustedes, ni se lo había dicho a mi maestro, porque me daba mucha vergüenza, pero las cosas no iban nada bien con mi novia. Sin eufemismos, iban horriblemente mal. Pero de eso ya hablaremos en el siguiente capítulo.

—Es que...

—Cuéntame lo que pasa con tu novia.

—Prefiero no hacerlo. Permítame un poco de intimidad, por favor.

—Mmm... pedir un poco de intimidad cuando hace un momento estabas dispuesto a hacerte una paja aquí mismo es un poco contradictorio, si me permites señalarlo. Pero sea, si no me quieres decir nada sobre tu novia, no me lo digas. Anulamos el ejercicio, ya pensaré otra cosa.

—¿Entonces, me hago la paja o no?

—Lo que me faltaba, que mis discípulos me pidan permiso para masturbarse. Pues te la haces o no te la haces, lo que más te apetezca, y te imaginas lo que prefieras. Pero no lo emplearemos para aprender meditación.

Yo estaba ansioso por cambiar de tema con rapidez:

— De acuerdo. ¡Ah, sí! También he de decirle que gracias a Shamata ahora tengo más concentración. Porque el objetivo de Shamata es conseguir la concentración necesaria para luego, en estados más elevados, llegar a la iluminación, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Claro. El objetivo de Shamata es obtener paz de espíritu para que así se concentren los pensamientos sin distracciones. Y desde esa concentración podré enfocar mi mente para lograr la iluminación. Como he leído en algún sitio, una mente dispersa es como un campo yermo donde crecen todo tipo de malas hierbas y no puede brotar el despertar.

—¿Has seguido leyendo esos libros? Me arrepiento de no haberte dado esa patada en el culo que te merecías.

No podía decirle que leía libros sobre el budismo, y los seguiría leyendo, porque no estaba seguro de que sus enseñanzas no fuesen al final una burla y tenía que comprobarlas. Guardé un silencio en apariencia compungido.

—En fin —suspiró el maestro, resignado—, tendremos que realizar un pequeño experimento para comprobar si Shamata incrementa la concentración de la mente, y si eso sirve para algo en el camino. El otro día te oponías a la lógica. ¿Tienes alguna objeción para llevar a cabo un pequeño experimento científico?

La ciencia era algo occidental, que no podía abarcar lo ominoso ni lo trascendental. Pero era innegable su eficacia para descubrir y manipular ciertos aspectos materiales y superficiales.



—Hombre, un experimento científico sobre la meditación... —dudé.

—Más bien sobre la eficacia de la meditación para concentrarse, e incluso sobre la forma más adecuada para lograr una concentración máxima y absoluta.

—No me niego, aunque tampoco lo acepto sin condiciones. Hagamos el experimento y luego decidiré si tengo algo que objetar —concedí.

—¡Esta es la verdadera actitud de un científico! Entremos en mi casa.

Una vez allí, el maestro me indicó que colocase las manos encima de la mesa y que, tras cerrar los ojos, intentase captar con la punta de los dedos la rugosidad, tacto y demás características de la superficie de la mesa durante veinte minutos.

Así lo hice. Era difícil concentrarse en la punta de los dedos durante tanto tiempo. Enseguida la mente se dispersaba y empezaba a pensar en otras cosas; solo realizando un gran esfuerzo conseguía volver a mis dedos.

—¿Ha sido difícil? —preguntó el maestro.

—Bastante —admití—. Mi mente se dirigía hacia cualquier sitio, excepto hacia mis dedos.

—Ahora probaremos a hacer lo mismo, pero después de haber practicado Shamata durante media hora.

Me apliqué a ello. Después de media hora de Shamata, coloqué las manos sobre la mesa. Y mi mente, serenada por Shamata, se concentraba mucho, mucho mejor. De vez en cuando me distraía, pero era excepcional, no como antes.

Da gusto tener un maestro que te enseñe meditación con ejemplos tan prácticos. Vaya, ya me he distraído. Volvamos a sentir la mesa...

—¡¡¡Mecagüen la puta!!! —exclamé.

He recibido una esmerada educación y todos los que me conocen saben que no suelo soltar tacos. Pero si alguien te machaca un dedo de la mano con un martillo, un taco es lo menos que se puede decir.

—¿Qué cojones ha hecho? —mi esmerada educación, y una mierda mi esmerada educación. ¡Cómo dolía aquel dedo!

—Querido discípulo, he de señalarte que adoleces de cierta pereza mental. Si ves a alguien con un martillo en la mano y tu dedo te duele y tu uña se ennegrece por momentos, puedes deducir por ti mismo lo que ha sucedido sin necesidad de preguntárselo a un maestro. Porque depender en exceso de un maestro...

—¡Ya sé lo que ha hecho! ¡¿Por qué lo ha hecho?!

—Nuevamente pereza mental —suspiró—. Si me has hecho una pregunta sobre Shamata, es evidente que la estoy respondiendo.

—¿Ha respondido acerca de si la misión de Shamata es conseguir concentración mental dándome un martillazo en el dedo?

—En efecto.

—¡Pues duele muchísimo!

—Se nota que estudias medicina y sabes que un martillazo en un dedo duele muchísimo.

—¡¡¡Estoy harto!!! Yo creía que lo de la puta y el tiesto y todo eso solo había sido una prueba Zen para comprobar si yo estaba dispuesto a sacrificarlo todo por seguir el camino, pero veo que usted está loco. Primero me dice que me haga una paja y luego me pega un martillazo en el dedo. Mire cómo se hincha, me va a doler durante varios días.

—Te vas acercando a la respuesta.

—¡Adiós! ¡Y no pienso volver!

—Vuelve cuando hayas encontrado la respuesta a lo que preguntaste —repuso el maestro, tranquilamente.

No podía pensar en nada, y menos en el objetivo de la meditación, solo en el terrible dolor que experimentaba. Me subí al autobús (ya no tenía coche, ni lo volvería a tener hasta que lo necesitase para trabajar, años más tarde), y me encerré en mi habitación con un hielo sobre mi pobre dedo. La primera noche, ni siquiera pude dormir.

Cuando el dolor menguó, suspiré:

—Por fin puedo pensar en algo que no... sea... mi... dedo...

Durante tres días mi mente había estado absolutamente concentrada en aquel dedo, sin ninguna distracción. No veinte minutos, sino tres días. Corrí a ver a mi maestro.

—¿El dolor es mejor que Shamata para concentrarse? ¿Eso significa que hay que practicar el ascetismo?

—También el placer intenso es mejor que Shamata para concentrarse y eso no significa que hayamos de practicar el epicureísmo. Y el amor: cuando te enamoras, no puedes dejar de pensar en el ser amado. Y el odio: si odias a alguien con intensidad, todos tus pensamientos girarán en torno a ese odio. Y la ambición. Y la codicia. Y la avaricia. Y la envidia...

—¿Entonces?

—La concentración es natural en el ser humano. Te concentras cuando algo te interesa. Y piensas en otra cosa cuando lo que tienes delante no te interesa. Si tienes delante una vulgar mesa, tu mente divaga; pero si en vez de tocar una mesa tocas a alguien a quien deseas mucho, solo piensas en la piel que acaricias, sin hacer ningún esfuerzo para concentrarte.

»Shamata te ayuda a concentrarte en lo que no te interesa, porque pasas mucho tiempo contemplando algo tan poco apasionante como son las sensaciones que produce el aire al pasar por la nariz, y los seres humanos mejoramos con la práctica cualquier actividad.

»Pero aumentar la concentración es un efecto secundario sin importancia que te puede ayudar a realizar mejor un trabajo tedioso (aunque si tu trabajo te apasiona, te concentras en él sin dificultad; es más, te resulta difícil pensar en otra cosa).

»Y la concentración no tiene importancia porque cuando llegues al umbral del despertar, te concentrarás con la misma naturalidad con la que alguien que se ahoga se concentra en respirar. Hasta un subnormal puede concentrarse lo suficiente como para alcanzar el despertar.

—¡No exagere, maestro! —reí. Si hubiera podido imaginarme que muchos años más tarde se manifestaría ante mí un Bodhisattva de ojos rasgados que desempeñaría un papel esencial en mi evolución, no me lo habría creído, a pesar de lo que me atraía todo lo de oriente. Porque aquel Bodhisattva no era chino, ni japonés, ni tibetano, sino mongólico. Mongólico profundo. Vamos, un subnormal. Por fortuna, no podía ni imaginarme lo que me aguardaba.

El maestro suspiró, pareció querer decir algo, se calló y luego prosiguió:

—La misión de Shamata solo es una: convertirte en un observador de tu pensamiento a través de la observación de las sensaciones que produce el aire al pasar por tu nariz cuando respiras con naturalidad. Puede apaciguar el pensamiento, pero su finalidad no es apaciguar el pensamiento. Puede proporcionar paz, pero su finalidad no es proporcionar paz. Puede mejorar tu concentración, pero su finalidad no es mejorar tu concentración.

—Su finalidad es conseguir la iluminación —concluí.

—No, su finalidad tampoco es lograr la iluminación.

—¿Quééé? Pero Buda la practicó cuando se sentó y juró que no se levantaría ni comería hasta alcanzar el despertar.

—Y Gautama, que luego sería conocido por el Buda, fracasó, a pesar de su absoluto dominio de Shamata. No logró nada. Cuando estaba a punto de morir de hambre, una mujer que pasaba por allí le ofreció comida, Gautama comió y se salvó.

—Incumpliendo su juramento sagrado...

—Pues sí.

Buda, un fracasado y un perjuro. Vaya cosas decía mi maestro.

—¿Y por qué fracasó?

—Por varios motivos. En primer lugar, Shamata no es la meditación más adecuada para alcanzar el despertar, si es que esa expresión significa algo. No digo que alguien no pueda alcanzarlo mediante Shamata, el despertar se puede alcanzar de formas insospechadas: haciendo gimnasia, picando piedra, tirando al arco, practicando Shamata... incluso leyendo los poemas de un tal Antonio Machado.

Lo de tirar al arco me recordó algo:

—Sí, acabo de leer un libro titulado “El Zen en el arte del tiro con arco” que...

Ya no tenía problemas para conseguir libros sobre espiritualidad, a pesar de mi escuálido presupuesto, porque había adquirido una gran habilidad para robarlos sin que nadie se diera cuenta. Ya no me limitaba a los de budismo tradicional,

también budismo Zen, taoísmo, Yoga, budismo tibetano, esoterismo y ocultismo... Ningún libro espiritual estaba a salvo de mis hábiles dedos. Ya saben, Maquiavelo y el fin justifica los medios y todo eso. Aunque he de confesar que el choricío de libros empezaba a ser un vicio. En alguna vida posterior iban a cortarme ya no solo las manos, sino también los pies, pero como pensaba librarme del ciclo de las reencarnaciones en esta existencia, no tenía demasiado miedo al karma.

El maestro suspiró, como preguntándose qué habría hecho en alguna vida pasada para merecerse un discípulo tan torpe.

—No sé si entiendes muy bien lo que te digo. Prosigo: Shamata no es la meditación del despertar, pero eso es un pequeño detalle. La principal dificultad estribaba en la actitud de Gautama: cuando llega el momento adecuado, el despertar es algo tan natural como el dormir cuando se tiene sueño. Y como el dormir, no puedes lograrlo si lo intentas firmemente. Si aprietas los puños y los dientes, y juras que te vas a dormir o morirás en el intento, el insomnio está asegurado.

—¡Por eso el koan Zen dice: “No puedes lograr la iluminación si lo intentas, ni puedes lograr la iluminación si no lo intentas”! —exclamé, contento de comprender un koan Zen hasta entonces misterioso para mí.

—Parece que esos estúpidos libros que lees contengan algo sensato de vez en cuando.

—¿Y por qué no puedes alcanzar la iluminación si lo deseas firmemente?

—De eso ya hablaremos en su momento, si te parece. Otro día continuaremos con nuestro ameno relato: “El despertar del Buda contado a los niños”. Por ahora no es necesario que sepas más. Aunque estoy seguro de que ahora te irás corriendo a leer en esos libros tan sabios a ver si digo la verdad o no, y qué hizo el Buda para alcanzar el despertar. Pues buena suerte y hasta el siguiente martillazo.

Así me despidió, dejándome sumergido en un mar de confusión.

En esta novela se diría que estuviésemos solos en el mundo mi maestro, mi novia y yo, con algún secundario circunstancial, como una puta amistosa (amistosa mientras le pagues) o un padre comandante de la Legión muy poco amistoso en cualquier circunstancia. En la realidad, en mi mundo había mucha gente más: mi madre, mis profesores de la Facultad de Medicina, mis compañeros de clase... Lo que pasa es que los omito porque no son relevantes en esta novela. Bueno, mi madre es bastante relevante, entre otras cosas porque si no me hubiese parido, no habría habido novela; pero dejemos a mi madre en paz por el momento, que bastante hacía ella soportando en paciente silencio mis tonterías de juventud. Nunca salió un reproche de sus labios.

También tenía yo algunos amigos digamos “espirituales”, jóvenes como yo que, inquietos, nos rebelábamos contra una espiritualidad católica a nuestro modo de ver antigua y esclerosada, y buscábamos algo distinto que viniese de cuanto más lejos, mejor; y más lejos en dirección a oriente, aunque en realidad ese oriente viajase hacia nosotros dando un rodeo pasando por Estados Unidos y su contracultura, que a España llegaba con cierto retraso debido a factores biológicos. O sea, que hasta que por las leyes de la biología no se murió de viejo quien todos sabemos, aquí no se cantaba nadie.

Cada uno de nosotros tenía su propia manera de explorar la nueva espiritualidad. Había quien se liaba a recitar mantras de Meditación Trascendental, quien cantaba Hare Krishna, quien se retorció con asanas de Yoga, quien prefería el silencio del Zen, Alguno incluso exploraba la Gnosis, aunque su origen no quedaba lo suficientemente lejos como para ser popular entre nosotros.

Por supuesto, nos comparábamos unos con otros para ver quién evolucionaba más deprisa, quién seguía al mejor maestro y quién era más espiritual que los demás. No hace falta decir que yo intentaba guardar un prudente silencio sobre mi maestro y mis actividades, y siempre quedaba entre los últimos clasificados. Si hubiese contado lo de la puta, los maceteros, el sadomasoquismo y todo lo demás, habría sido expulsado con ignominia de la sociedad de los trascendentes. Por supuesto,

de Antonio Machado tampoco podía hablar mucho; no me habrían expulsado, pero se habrían reído de mí, lo cual era casi peor. Las pocas ocasiones en que yo he contado algo de mi evolución espiritual, mis amigos me han mirado raro.

Gocé de un breve momento de popularidad cuando les dije a todos que mi maestro me había enseñado Shamata, la primera meditación de Buda, y me suplicaron que se la enseñase. Era muy agradable ser, por una vez, el centro de la atención de todos. Mi popularidad no duró mucho: se la enseñé, probaron, y vieron que no les provocaba ninguna experiencia mística a los cinco minutos de iniciarla. Entonces, uno dijo que su maestro le había enseñado un mantra para estimular la liberación de la Kundalini y todos abandonaron Shamata para liberar la Kundalini, que molaba mucho más y daba cosquillitas por la columna vertebral. Y ante mis amistades yo regresé al nivel de prestigio que me correspondía: las alcantarillas, junto con las ratas.

Era una situación un poco molesta, tendrán que admitir. Así, mes tras mes, sin poder exhibir ningún logro espiritual ante mis amigos; porque un dedo machacado no contaba.

Al fin, no pude aguantar más y le dije a mi maestro que necesitaba que me transmitiese algún tipo de conocimiento, o por lo menos que me enseñase otros tipos de meditación, porque los maestros de mis amigos les daban charlas, les contaban historias, les enseñaban verdades esotéricas y profundas. Podría decirme algo más acerca del Código Machado, por ejemplo, que hacía mucho no lo mencionaba y, en vez de enseñármelo, me tenía mirándome la nariz. Contra lo que yo esperaba, no se ofendió, sino que sonrió comprensivo.

—Entiendo que dedicarse solo a Shamata puede resultar árido para un joven, que necesita algún tipo de asidero. Permíteme que reflexione durante unos días sobre este asunto.

A la semana siguiente, cuando acudí a la casa del maestro, me sorprendí al ver un arco y unas flechas. Me acordé de nuevo del famoso libro “El Zen y el arte del tiro con arco”.

—¿Me va a enseñar meditación tirando al arco? —pregunté. Mis amigos iban a quedarse de piedra, todos habían leído aquel libro; pero claro, los maestros zen que tirasen al arco no abundaban por España en aquellos tiempos.

—No, lo siento. He estado haciendo algunos experimentos, pero no han sido satisfactorios. A ver si la semana que viene hay más suerte.

Vaya.

A la semana siguiente, en cambio, mi maestro estaba muy contento:

—He encontrado la manera de que recibas un conocimiento sobre la adquisición del conocimiento, si se me permite la redundancia. Y, de paso, si hay suerte, también podrás comprobar de primera mano si Shamata consiste en sentir amor universal mientras se medita. Porque por lo decaído que te encuentro últimamente, supongo que lo tuyo con tu novia no se ha arreglado y no podemos utilizar la masturbación.

Negué con la cabeza. No solo no se había arreglado, sino que iba cada día peor. Preferí no hablar de eso:

—¿Me enseñará tirando con arco? Porque en el libro “El Zen y el arte del...”

—No, no te enseñaré tirando con arco.

—¿Pero podría enseñarme?

—Podría, pero no lo haré.

—A mí me gustaría aprender a tirar al arco.

—Pues te apuntas a un club de tiro. El deporte que practiques en tu tiempo libre no es asunto que me interese demasiado. Pero el tiro con arco como disciplina espiritual sí que me interesa, y no vamos a hacerlo. En vez de eso, asistiremos a una conferencia.

—¿Una conferencia?

¡Qué decepcionante! Escuchar una conferencia, por interesante que sea, no se puede comparar con la práctica del Zen. Tú eres la flecha y el blanco es el Satori, la iluminación, cuando liberas la flecha te liberas a ti mismo, y todo eso.

—Me gusta más aprender con la vida que con la teoría  
—aduje.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo.

—Entonces, podríamos practicar el Zen en el tiro con arco, en vez de escuchar una conferencia que solo será teoría.



—Eres un poco pesado. Primero la conferencia, que me ha costado mucho encontrar una adecuada. Luego, si con ella no has llegado todavía a ninguna conclusión práctica, el tiro con arco, te lo prometo. ¿De acuerdo? Si quieres, puedes invitar a tus amigos, esos de los que me has hablado algunas veces. Es en el centro budista de nuestra ciudad, en esta dirección. El viernes por la tarde a las siete.

—Muy bien, allí estaré sin falta.

—Un pequeño detalle: ven con zapatillas de deporte.

—Conozco ese lugar y la gente se descalza a la entrada, porque está cubierto por un tatami para cuando se practica meditación. ¿Qué importancia tiene el calzado que yo lleve? Prefiero ir con mis sandalias de siempre.

—El calzado no tiene importancia en el aspecto espiritual; pero sí en lo físico. Solo te hago una sugerencia como amigo, no como maestro: lleva zapatillas de deporte.

El viernes por la tarde acudí a la conferencia, que versaba precisamente sobre cómo el budismo implica amor universal. Entendí por qué mi maestro había tardado tanto en encontrar la conferencia adecuada. Pero ¿qué podía yo aprender en una conferencia que mi maestro no pudiera explicarme?

Saludé a algunos conocidos y a un par de amigos, y me senté junto con mi maestro en el tatami. Antes, en un vestíbulo a la entrada del centro, me había descalzado, como todo el mundo. Como todo el mundo no, porque yo llevaba zapatillas de deporte: había decidido hacer caso del consejo de mi maestro. La gente llevaba zapatos, porque era invierno.

El conferenciante empezó disertando acerca de la no-violencia de Gandhi, y cómo esta no-violencia inspiraba todo el budismo (a pesar de que Gandhi no era budista, sino hinduista, señaló el maestro con un susurro irónico). Luego se extendió largamente sobre del amor universal, de la compasión de Buda hacia todos los seres y muchas más cosas similares.

De vez en cuando, mi maestro interrumpía con una pregunta banal de respuesta evidente, como por ejemplo: —“¿El amor universal se refiere a todos los seres, o solo a algunos?” El conferenciante, con paciencia, le explicaba que, en efecto, amor universal se refiere a todos los seres. Mi maestro daba

humildemente las gracias y luego escuchaba con gran atención hasta que volvía a interrumpir con otra tontería.

Yo estaba avergonzado. Menos mal que no había dicho a nadie que era mi maestro. Lo cierto es que parecía un poco idiota, porque a veces incluso tartamudeaba un poco al preguntar, como si la timidez o la estupidez le impidiesen hablar.

Había adivinado que yo quería presumir de él ante mis amigos y me estaba dando una lección. Me estaba enseñando que es tonto presumir de tu maestro.

Cuando al cabo de una hora el conferenciante propuso que todos meditásemos sintiendo el amor universal, mi maestro me susurró:

—Es hora de irnos.

—Pero, maestro, ¿y la meditación?

—Vamos, te digo.

En el vestíbulo, ambos nos calzamos. Entonces el maestro, para mi sorpresa, tomó un zapato al azar y empezó a anudar su cordón en torno a uno de mis dedos:

—Escucha mis palabras y, sobre todo, fíjate muy atentamente en lo que hago. Los zapatos simbolizan nuestras raíces, nos conectan con la tierra, son nuestra profundidad más primitiva, lo que nos une a la naturaleza; que alguien lleve en la mano unos zapatos es señal de que busca la unión con su yo primario. Este nudo, en particular, simboliza la unión del yin y del yan, como ves su forma es de una simetría perfecta y se entrelaza formando una unidad. Este otro nudo —dijo, tomando otro zapato—, en cambio, simboliza el laberinto, que a su vez es símbolo de la búsqueda espiritual. En un nudo concéntrico, es decir, que sale desde el centro hacia el exterior, porque un laberinto puede servir tanto para que sea difícil entrar como para que sea difícil salir. Este nuevo nudo...

Era fascinante. Con cada nuevo nudo que ataba a uno de mis dedos, mi maestro desplegaba ante mí una sabiduría y una erudición inesperadas, que nunca antes había mostrado. Los zapatos se amontonaban en mis brazos, pero yo ya había entendido lo que mi maestro iba a hacer. Cuando la gente saliera, exhibiría su conocimiento. Y así, zapato a zapato, nudo a nudo, todos comprenderían que no debía juzgarse a nadie

por su apariencia, que un aparente idiota puede ser en realidad un gran sabio que se oculta tras un disfraz para mostrarnos el camino.

—Y en este último dedo, el pulgar de la mano derecha, el décimo dedo, atamos el décimo nudo. El diez es un número resultante de la suma de los cuatro primeros: del uno, la unidad primigenia; del dos, la dualidad Ying-Yang, Luz-Oscuridad, Masculino-Femenino en la que esta unidad se divide; del tres, la tríada esencial, que en todas las religiones es signo de divinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo; Brahma, Visnú y Shiva; Zeus, Poseidón y Hades; Baal, Melquart y Astarté; Isis, Osiris y Orus... Y por último, el cuatro, unión del tres y del uno, símbolo de la Trinidad que conforma un Dios único, de la cuarta pared invisible que cierra una habitación cuadrada, del cuarto protagonista que transforma el demasiado simple triángulo en un cuadrado que encierra la condición humana, tal como nos muestra Leonardo da Vinci en su *Hombre de Vitruvio*. Estos cuatro primeros números sagrados, unidos, suman diez, que por este motivo es la base de nuestro sistema numérico.

»El nudo que ataré al dedo décimo será un uróboros, un nudo sin principio ni final. El uróboros es el símbolo más antiguo que existe, ya se encuentra en el Egipto de hace tres mil quinientos años. Es un dragón dormido (o una serpiente, o un pez, o un gusano) que se muerde la cola, simbolizando que cada final puede traer un nuevo principio, que después del invierno llega una primavera. Está tan arraigado en nuestro subconsciente, que algunos pecados se presentan así tras cocinarlos: es la pescadilla que se muerde la cola. La gente emplea esta expresión sin saber que ya era antiquísima antes de que el latín y el griego ni siquiera existiesen.

Yo tenía los brazos llenos de zapatos ajenos, cada uno atado a un dedo por un nudo cargado de simbolismo. Ya estaba terminando la meditación tras la conferencia y se oía el susurro de la gente levantándose para irse.

—Ahora abre la puerta de la calle al final del pasillo y quédate en el umbral, así... Un poco más a la derecha... Muy bien, el efecto es perfecto. Cuando salga la gente buscará sus zapatos y se preguntará dónde están. Que es como preguntarse

dónde están nuestras raíces, de dónde venimos. Entonces yo diré unas palabras, tú das unos pasos y dará comienzo mi lección, ¿entendido?

Afirmé con la cabeza. No recordaba exactamente el simbolismo del nudo de mi dedo corazón (el dedo que comunica con nuestro corazón a través de un sutil canal energético y que por eso es tan importante en tantos mudras de Yoga, según acababa de aprender). Pero no tenía importancia, mi maestro iba a repetir su maravillosa lección, ahora para todos. Mis amigos se iban a morir de envidia, pues iba a demostrar que mi maestro era el más sabio de todos.

La gente salió y empezó a preguntarse dónde estaban sus zapatos. Y el maestro dijo unas palabras, pero no las que esperaba yo:

—¡Ese chico los tiene! ¡Que no se los lleve!

Obsérvese que mi maestro no mentía. Yo los tenía. Y expresaba el deseo de que yo no me los llevase. Nadie le preguntó si yo tenía la menor intención de llevármelos.

La gente se acercó a mí con manifiesta hostilidad, confundíendome con un ladrón. Yo miré a la gente, miré los zapatos, miré a la gente, solté los zapatos, los zapatos se quedaron colgando de mis dedos, miré a la gente que estaba cada vez más cerca...

—¡Que no quiero llevarme sus zapatos! —grité, con voz estrangulada, que no se entendió porque todos gritaban que les devolviese sus zapatos.

¡Qué más habría querido hacer yo!

Aterrado, me di la vuelta y bajé corriendo las escaleras. El centro de meditación estaba en un tercer o cuarto piso, no recuerdo bien. ¿Han intentado ustedes bajar a la carrera tres o cuatro pisos con las manos llenas de zapatos atados a los dedos y una turba descalza y enfurecida detrás? Supongo que no. Pues les diré que es sumamente fácil caerse y rodar hasta el siguiente descansillo; pero olvidaba mis magulladuras, me ponía de nuevo en pie y seguía corriendo desesperadamente.

Ya en la calle, intenté soltar los nudos. De muchos recordaba su simbolismo, pero no me había fijado en cómo se hacían ni, por tanto, cómo se podían desatar.

Si alguna vez ustedes buscan un maestro espiritual, cerciórense antes de que no haya sido boy-scout. Es un consejo desinteresado.

Mis perseguidores llegaron también al portal, así es que salí corriendo de nuevo calle abajo. Cuando les sacaba algo de ventaja, gracias a que mis perseguidores iban descalzos y yo llevaba zapatillas de deporte, trataba de soltar algún nudo con los dientes. Si lo conseguía, tiraba el zapato al suelo y volvía a correr. Entonces, uno de mis perseguidores recobraba su zapato y, muy digno, abandonaba la persecución.

Por fin, solo quedó el décimo nudo, el uróboros, que no había forma de soltar. Por fortuna, el poseedor de aquel décimo zapato era un señor algo obeso que, agotado, decidió que no merecía la pena sufrir un infarto por un zapato.

Me dirigí a mi casa para buscar un cuchillo y cortar el maldito nudo. Las manos me dolían horriblemente, casi me había dislocado varios dedos en mis esfuerzos por soltar aquellos diabólicos nudos.

En el escalón del portal de mi casa estaba sentado mi maestro con una navajita en la mano.

—Hola, querido discípulo.

—¿Puede cortar el uróboros, por favor? Se me va a gangrenar el pulgar —de momento le hablé con amabilidad, porque necesitaba su ayuda. Cuando me soltase el nudo, le iba a decir cuatro cosas.

—Está muy apretado. Tal vez te hiera al cortarlo con mi navaja.

—Hágalo. No me importa. Pero deprisa, por favor, no soporto más el dolor.

El maestro lo cortó, y también cortó un poco de piel. Sangré, pero me dio igual. ¡Qué alivio!

—Y ahora, vamos a hablar —dije, enfadado.

—Eso es justo lo que quiero. Dime si cuando creyeron que les robabas los zapatos sentían mucho amor universal en general, y amor hacia ti en particular.

—¿Usted bromea? Si me pillan, me matan.

—Matarte no, porque yo estaba allí y lo habría impedido, pero te habrías ganado una buena paliza y te habrían roto los

dedos al intentar recuperar sus zapatos. Por fortuna para ti, en vez de creerte la palabrería anterior de la conferencia y de la meditación, creíste en tus ojos, que te decían que allí había muy poco amor.

—Luego Shamata no significa sentir amor universal, y meditar sintiéndolo es inútil. ¿Para enseñarme esto ha montado semejante follón? ¿No había otra forma menos violenta de mostrármelo?

—La había y te propuse explorar la masturbación, pero al parecer sucede algo con tu novia que no te atreves a contarme. Meditar imaginándote que sientes amor universal, es como masturbarte imaginándote que te acuestas con tu novia. Se parece muy poco a lo real, aunque como la masturbación proporcione cierto placer onanista.

»A veces, en determinados momentos de la meditación o de la vida, puedes experimentar sensaciones de amor universal. No es ni bueno ni malo, no hay que impedirlo ni buscarlo. Pero tratar de provocar esta agradable sensación lleva al autoengaño. En nuestra vida cotidiana, nunca decimos: “voy a dedicar un rato a sentir amor por mi madre, o por mi novia, o por mi amigo”. Simplemente, lo sentimos. Y si no lo sentimos, ya podemos esforzarnos que no lo conseguiremos sentir. ¿Por qué el amor universal debería ser distinto?

—O sea, que podría haberme evitado todo esto haciéndome una paja —concluí, desanimado.

—Haciéndote una paja, acostándote con tu novia y luego analizando conmigo tus sensaciones. También habría habido algún pequeño lío, no te creas, porque soy un poco travieso; pero habría sido menos peligroso que este.

Miré mis manos magulladas, desanimado.

—Y, de todas formas, habríamos tenido que hacer lo de los nudos y los dedos para que aprendieses otra cosa: el conocimiento espiritual es absolutamente inútil para alcanzar el despertar. Ya lo dice Machado:

*“Las más bondas palabras  
del sabio nos enseñan  
lo que el silbar del viento cuando sopla  
o el sonar de las aguas cuando ruedan.”*

—Pero, maestro —objeté—, eso significa que lo que usted me enseña tampoco sirve para nada.

—En efecto. Lo que crees que aprendes de mí no sirve para nada. Yo no te enseñé, sino que destruyo lo que crees saber, lo cual es muy distinto. Además, ¿estás seguro de que el silbar del viento o el sonar de las aguas no tienen nada que enseñarte?

—¿Y todo el conocimiento esotérico, desde la Cábala a la alquimia, desde la astrología hasta el simbolismo?

—No voy a decir que todo eso sea falso, porque entonces caería en la trampa de darle relevancia y podríamos enzarzarnos en una discusión acerca de su veracidad o su falsedad, lo cual nos confundiría. Sea verdadero o falso (probablemente falso), nada de eso sirve para alcanzar el despertar y solo nos distrae de nuestra tarea principal: desatar las ataduras que nos ligan y nos impiden despertar. Cuando querías liberarte de los zapatos, ¿te importaba algo el simbolismo de los nudos?

—Nada en absoluto. De hecho, me llamé a mí mismo estúpido por haberme fijado en su simbolismo en vez de en cómo se han atado para conseguir desatarlos.

—Eso mismo dijo el Buda una vez que le preguntaron acerca de una cuestión espiritual: No importaba si era verdad o no, pues preocuparse por algo espiritual que no sea cómo liberarse de tus ataduras y despertar, es como si a un soldado le hiriese una flecha y en vez de preocuparse sobre cómo sacársela del cuerpo, se preocupase del rango, la casta o el cargo del arquero que la ha disparado.

Me entró un sudor frío.

—¿Quiere decir usted que si hubiésemos practicado el tiro con arco me habría atravesado una flecha?

—Visité algunos clubes de tiro con arco de nuestra ciudad; pero aunque se me ocurrieron varias ingeniosas maneras de que recibieses accidentalmente una flecha, no podía estar seguro de que la herida fuese leve. Puedo controlar más o menos un grupo de gente enfurecida, pero no el vuelo de una flecha.

Me entraron náuseas. ¡Y pensar que yo había insistido tanto en tirar al arco!

—Querido discípulo, aquí y ahora tienes que elegir: la experiencia espiritual directa o el conocimiento espiritual mental. No son compatibles. Como también dice Machado:

*“Hay dos modos de conciencia:  
una es luz, y otra, paciencia.  
Una estriba en alumbrar  
un poquito el hondo mar;  
otra, en hacer penitencia  
con caña o red, y esperar  
el pez, como pescador.  
Dime tú: ¿Cuál es mejor?  
¿Conciencia de visionario  
que mira en el hondo acuario  
peces vivos,  
fugitivos,  
que no se pueden pescar,  
o esa maldita faena  
de ir arrojando a la arena,  
muertos, los peces del mar?”*

Nunca antes había leído este poema de Machado. Mejor dicho, sí, lo había leído, pero había resultado invisible para mí, porque aún no había llegado el momento de mi decisión sobre los dos tipos de conocimiento.

—Elijo la luz, elijo alumbrar el mar y mirar los peces vivos que no se pueden pescar. Porque el conocimiento espiritual es como arrojar a la arena, muertos, los peces del mar. Maestro, ahora le puedo confesar que he estado robando libros espirituales, libros que me daban una falsa sensación de conocimiento. Yo creía que por ver peces muertos desde la orilla, sabía lo que era nadar en el mar. Y el karma me ha castigado por mis robos, mire mis manos doloridas e inflamadas. Todo para nada.

—Querido discípulo, no culpes al karma de lo que te suceda por ser un poco idiota —me consoló. ¿Me consoló?— Y ahora, ¿qué vas a hacer con todos esos libros?

—Los donaré a alguna biblioteca, no puedo devolverlos a las librerías donde los robé.



—Casi será mejor que los lleves a algún lugar donde reciclen papel viejo. Así se convertirán en algo útil, como papel higiénico. Sin embargo, si me permites subir a tu casa y examinar tu biblioteca, tal vez encuentre algo aprovechable.

Lo invité a subir. Entramos y, como estaba mi madre en casa, los presenté. Mi maestro y mi madre congeniaron al momento y se entendieron a la perfección, sin necesidad de muchas palabras. Él le cayó estupendamente cuando le dijo que venía a hacer un poco de limpieza en la parte espiritual de mi biblioteca; porque mi madre, aunque no decía nada y trataba de disimularlo, estaba un poco harta de encontrarse ciertos libros por todas partes y pensaba que yo estaba un poco desquiciado. El que un profesor de Literatura me enseñase a interpretar la poesía de Antonio Machado la tranquilizó. Eso era algo respetable. ¡Si ella se hubiese imaginado lo que escondían aquellos poemas, se habría echado a temblar todavía más!

Expurgando mi biblioteca, parecíamos revivir un episodio similar de *El Quijote*, cuando se queman los libros de caballería que habían enloquecido a su señor, y solo se salvan tres. Así se lo dije a mi maestro.

—A ver si nosotros también conseguimos salvar tres, porque a este paso no llegamos —sonrió—. Desde luego, sería estupendo si alguien escribiese, como Cervantes con los libros de caballerías, una novela de humor que curase a la gente de leer esta basura de libros.

—¿Por qué no prueba usted? —sugerí—. Es profesor de Literatura.

—Porque quienes leen este tipo de libros no tienen sentido del humor. Son demasiado trascendentes.

—Podría usted escribir una novela de humor que pareciese seria. O mejor todavía, que no estuviese muy claro si es seria o de humor. A mí me pasa a veces que no sé si usted se está burlando de mí o si me dice algo muy profundo. De hecho, en ocasiones sospecho si no se estará burlando para decirme algo serio para burlarse para finalmente decirme algo serio. O tal vez al final no haya nada serio y todo sea una broma.

—Querido discípulo, bastante tengo contigo y con algún otro como tú, como para ponerme a escribir. Vamos a por ese otro estante, que parece prometedor. Caramba, dedicado a la autoayuda. Cómo se nota que los libros te salían gratis. Todo a la basura, no hace falta ni mirar los títulos.

Así sentados en el suelo, entre pilas de libros, proseguimos nuestra tarea, y esta fue la primera vez que en mi mente se insinuó la idea de escribir esta novela. Aún faltaba mucho para iniciarla y tendría que vivir muchas aventuras, pero la semilla se sembró en aquella habitación de casa de mis padres, con mi maestro y yo sentados en el suelo y, como en el episodio de *El Quijote*, condenando a la mayoría de los libros a la nada.

Allí sentado con mi maestro me sentía feliz y conseguía olvidar lo que no podía olvidarse, que el cielo azul se estaba oscureciendo entre nubes de tormenta y que pronto aparecería un mortífero enemigo.

Contra este enemigo, ni siquiera Shamata, la primera meditación del Buda, podía vencer.

Pronto iba a presenciar un duelo de titanes entre el bondadoso Antonio Machado, armado tan solo con sus sencillas *Poesías completas*, y el maléfico Charles Baudelaire, que enarbolaría sus terribles *Flores del mal*. Un duelo en el que estarían en juego mi alma y mi vida.

Y frente a mí, tratando de sorber mi sangre y destruirme, un malvado vampiro o, mejor dicho, vampiresa, que seguía el siniestro y mortal camino de Charles Baudelaire. Era su discípula aventajada y, además, había hecho un pacto con Satanás. Y también era mi novia.